

The Project Gutenberg EBook of Manfredo, by Lord Byron

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.net](http://www.gutenberg.net)

Title: Manfredo  
Drama en tres actos

Author: Lord Byron

Release Date: January 24, 2004 [EBook #10821]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO Latin-1

\*\*\* START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK MANFREDO \*\*\*

Produced by Miranda van de Heijning, Paz Barrios and PG Distributed Proofreaders. This file was produced from images generously made available by gallica (Biblioth que nationale de France) at <http://gallica.bnf.fr>.

MANFREDO, DRAMA EN TRES ACTOS,

Por Lord Byron.

TRADUCCION CASTELLANA.

En el cielo y en la tierra  
hay mil cosas que vuestros  
filosofos tampoco dudan.

HORACIO.

Paris, Librería Americana, 1830.

# **Livros Grátis**

<http://www.livrosgratis.com.br>

Milhares de livros grátis para download.

PERSONAS.

UN CAZADOR DE GAMUZAS.

EL ABAD DE SAN MAURICIO.

MANUEL.

HERMAN.

LA ENCANTADORA DE LOS ALPES.

ARIMAN.

NEMESIS.

LOS DESTINOS.

ESPIRITUS.

La escena se representa en medio de los Alpes, unas veces en el castillo de Manfredo y otras en las montañas.

MANFREDO,

Drama en tres actos.

ACTO I, ESCENA PRIMERA.

[Manfredo está solo en la galería de un antiguo castillo. Es media noche.]

MANFREDO.

Mi lámpara va á apagarse; por mas que quiera reanimar su luz

moribunda; no podrá durar tanto tiempo como mi desvelo. Si parece que duermo, no es el sueño el que embarga mis sentidos y sí el descaecimiento que me causan una multitud de pensamientos que afligen mi alma y á los cuales no me es posible resistir. Mi corazon está siempre desvelado y mis ojos no se cierran sino para dirigir sus miradas dentro de mí mismo; sin embargo estoy vivo, y segun mi forma y mi aspecto, me parezco á los otros hombres.

¡Ah! ¡el dolor deberia ser la escuela del sabio! Las penas son una ciencia, y los mas sabios son los que mas deben gemir sobre la fatal verdad. El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida.

Filosofía, conocimientos humanos, secretos maravillosos, sabiduría mundana, todo lo he ensayado y mi espíritu puede abrazarlo todo, todo puedo someterlo á mi genio: ¡inútiles estudios! He sido generoso y bienhechor, he encontrado la virtud aun entre los hombres ... ¡vana satisfaccion! He tenido enemigos; ninguno ha podido dañarme y varios han caido delante de mí: ¡inútiles triunfos! El bien, el mal, la vida, el poder, las pasiones, todo lo que veo en los demas ha sido para mí como la lluvia sobre la árida arena. Despues de aquella hora maldita... No conozco el terror, estoy condenado á no experimentar nunca el temor natural, ni los latidos de un corazon que hacen palpitar el deseo, la esperanza ó el amor de alguna cosa terrestre... Pongamos en práctica mis operaciones mágicas.

Seres misteriosos, espíritus del vasto universo, o vosotros á quienes he buscado en las tinieblas y en las regiones de la luz; vosotros que volais al rededor del globo y que habitais en las esencias mas sutiles; vosotros á quien las cimas inaccesibles de los montes, las profundidades

de la tierra y del Océano sirven  
muchas veces de retiro... Yo  
os llamo en nombre del encanto  
que me da el derecho de mandaros;  
¡despertaos y apareced!

[Un momento de silencio.]

¡No vienen todavía! ¡bien! por  
la voz de aquel que es el primero  
entre vosotros; por la señal que os  
hace temblar á todos; en nombre  
de aquel que no muere nunca ...  
despertaos y apareced....

[Un momento de silencio.]

Si es así... Espíritus de la tierra y  
del aire no eludireis seguramente  
mis órdenes. Por medio de un poder  
superior á todos los que acabo de  
servirme, por un hechizo irresistible  
nacido en un astro maldito,  
resto ardiente de un mundo que ya  
no existe, infierno errante en medio  
del eterno espacio; por la terrible  
maldición que pesa sobre mi alma,  
por el pensamiento que tengo y que  
está á mi alrededor, os requiero la  
obediencia: pareced.

[Aparece una estrella en el fondo oscuro de la galería;  
es una estrella inmóvil, y una voz canta las palabras  
siguientes:]

#### PRIMER ESPIRITU.

Mortal, dócil á tus órdenes,  
vengo de mi palacio situado sobre  
las nubes, formado de los vapores  
del crepúsculo y que colorea de  
púrpura y de azul el disco del sol  
poniente. Aunque me esté privado  
el obedecerte, vuelo hácia tí sobre  
el rayo de una estrella; he oído tus  
conjuros. Mortal, ¡que tus deseos  
se cumplan!

## LA VOZ DEL SEGUNDO ESPÍRITU.

El Monte-Blanco es el monarca  
de las montañas; está coronado  
desde muchos siglos con una diadema  
de nieve sobre su trono de  
rocas. Está revestido con un manto  
de nubes: los bosques forman su  
ceñidor, tiene un avalange en sus  
manos como un rayo amenazador;  
pero espera mis órdenes para dejarlo  
caer en el valle. La masa fría é inmóvil  
del hielo se va derritiendo  
todos los días, pero soy yo quien le  
dice que precipite su marcha ó que  
detenga sus témpanos. Yo soy el espíritu  
de estas montañas, podría  
hacerlas estremecer hasta sus cimientos  
cavernosos... ¿Qué es lo que  
quieres?

## TERCER ESPÍRITU.

En las profundidades azuladas de  
los mares, en donde no hay nada  
que agite las olas, en donde nunca  
ha soplado el viento, en los parages  
que habita la serpiente marina, y  
en donde la sirena adorna con conchas  
su verde cabellera, la voz de  
tu invocación ha resonado como la  
tempestad sobre la superficie de las  
aguas, el eco la ha repetido en mi  
pacífico palacio de coral. Declara tus  
deseos al espíritu del Océano.

## CUARTO ESPÍRITU.

En los parages en donde duerme  
el terremoto sobre una cama de  
fuego, en los parages en donde hierven  
los lagos de betún, en las concavidades  
subterráneas que reciben  
las raíces de estas cordilleras cuyas  
cumbres ambiciosas se pierden en  
las nubes, he oído los acentos mágicos,  
y subyugado por su poder, he  
dejado los lugares en que he nacido  
para ponerme cerca de tí. Ordena,  
yo obedeceré.

## QUINTO ESPÍRITU.

Yo soy quien vuela sobre el aquilon  
y el que prepara las tormentas.  
La tempestad que he dejado detras  
de mí está todavía ardiendo con los  
fuegos de los truenos y de los relámpagos.  
Para llegar mas pronto  
en donde tú te hallas ha atravesado  
la tierra y los mares en un huracan.  
Un céfiro favorable hinchaba las velas  
de una flota que encontré, pero  
estará sepultada en las olas antes  
que aparezca la aurora.

## SESTO ESPÍRITU.

Mi morada es constantemente la  
oscuridad de la noche. ¿Porqué tus  
conjuros me fuerzan á ver la odiosa  
claridad?

## SÉPTIMO ESPÍRITU.

El astro que preside á tu destino  
estaba dirigido por mí desde antes  
que la tierra fuese creada. Nunca  
habia girado un planeta mas hermoso  
al rededor del sol: su curso  
era libre y regular, ningun astro  
mas benéfico existia en el espacio.  
La hora fatal llegó: este astro se  
convirtió en una masa de fuego, en  
un cometa vago que amenazó al universo  
girando siempre por su propia  
fuerza, sin esfera y sin curso; horror  
brillante de las regiones étereas,  
monstruo disforme entre las constelaciones  
del cielo. En cuanto á tí,  
nacido bajo su influencia; tú, gusano  
á quien yo obedezco y que  
desprecio, cediendo á un poder que  
no te pertenece, y que no te ha sido  
prestado sino para someterte algun  
día al mio, vengo por un momento  
á reunirme á los espíritus débiles  
que doblan aquí su rodilla; vengo  
á hablar á un ser tal como tú. ¿Qué  
me quieres pues, criatura de barro?  
¿qué me quieres?

LOS SIETE ESPÍRITUS.

La tierra, el Océano, el aire, la noche, las montañas, los vientos y el astro de tu destino están á tus órdenes. Hombre mortal, sus espíritus esperan tus deseos. ¿Qué quieres de nosotros, hijo de los hombres? ¿qué quieres?

MANFREDO.

El olvido.

EL PRIMER ESPÍRITU.

¿El olvido de qué?

MANFREDO.

De lo que está dentro de mi corazón.  
Leedlo, vos lo sabeis bien y yo no puedo explicarlo.

EL ESPÍRITU.

Nosotros no podemos darte sino lo que poseemos. Pídenos vasallos, una corona, el trono del mundo ó de uno de sus imperios; pídenos una señal con la cual gobernarás á los elementos que nos obedecen; habla, tú puedes obtenerlo todo.

MANFREDO.

El olvido; ¡el olvido de mí mismo!  
¿No podreis encontrar lo que pido en las regiones secretas que me ofreceis tan liberalmente?

EL ESPÍRITU.

Esto no existe en nuestra esencia, ni en nuestra sabiduría; pero ... tú

puedes morir.

MANFREDO.

¿La muerte me lo concederá?

EL ESPÍRITU.

Nosotros somos inmortales, y no olvidamos nada, somos eternos, y para nosotros lo pasado y lo venidero son como lo presente: ved nuestra respuesta.

MANFREDO.

Esto es burlarse de mí; pero el poder que os ha conducido á mi presencia os ha puesto bajo mi disposicion. Esclavos, no hay que hacer mofa de las voluntades de vuestro señor. El alma, el espíritu, la chispa celeste, la luz de mi ser, tiene la misma brillantez y la misma penetracion que las vuestras, y no cederá jamas aunque se halle encerrada en una prision de barro. Respondedme, ó sino sabreis quien soy.

EL ESPÍRITU.

Nosotros repetiremos las mismas palabras; lo que acabas de decir puede ser tambien nuestra respuesta.

MANFREDO.

Explicaos.

EL ESPÍRITU.

Si como tú dices, tu esencia es semejante á la nuestra, te hemos respondido, diciendo que lo que los hombres llaman la muerte no tiene ningun poder sobre nosotros.

MANFREDO.

Será pues en vano que os haya  
invocado en vuestras moradas; vosotros  
no quereis ó no podeis socorrerme.

EL ESPÍRITU.

Habla, te ofrecemos todo lo que  
poseemos: piensa bien en ello antes  
de despedirnos y pide. ¿Quieres un  
reino, el poder sobre los hombres,  
la fuerza, una larga serie de dias?

MANFREDO.

¡Malditos seais! ¿qué sacaré de  
una larga vida? la mia ya ha durado  
demasiado; desapareced.

EL ESPÍRITU.

Todavía un momento; mientras  
que estamos aquí quisieramos serte  
útiles. Piensa bien en esto; ¿no hay  
algun otro don que pudieramos hallar  
digno de serte ofrecido?

MANFREDO.

Ninguno: esperad sin embargo...  
Un momento antes de separarnos,  
quisiera veros cara á cara. Oigo  
vuestras voces, cuya dulzura melancólica  
se asemeja á las armonías  
melodiosas en medio de un lago  
cristalino; veo la inmóvil claridad  
de una grande estrella, pero nada  
mas. Pareced á mi presencia tales  
como sois, uno despues de otro ó  
todos juntos, pero en vuestra forma  
acostumbrada.

EL ESPÍRITU.

Nosotros no tenemos otra forma  
que la de los elementos de los que

somos el alma y el principio; pero  
desígnanos la forma que quieras,  
y será la que adoptaremos.

MANFREDO.

Poco importa la forma; no hay  
ninguna sobre la tierra que sea hermosa  
ó hedionda para mí: que aquel  
que entre vosotros esté dotado de  
mas poder, tome el aspecto que le  
convenga. Yo lo espero.

[El séptimo Espíritu aparece bajo la figura de una  
hermosa muger.]

EL SÉPTIMO ESPÍRITU.

Miradme.

MANFREDO.

¡O cielo! ¿será esto una ilusión?  
si tú no fueses un sueño ó una imagen  
engañosa ¡aun podría considerarme  
dichoso! te estrecharia entre  
mis brazos y aun podríamos... (\_la  
muger desaparece\_). Mi corazón se  
halla destrozado.

[Manfredo cae desmayado, y una voz hace oír el canto que  
sigue.]

Cuando la luna brillará en las  
regiones aéreas, el gusano fosfórico  
en los céspedes, el meteoro al rededor  
de las sepulturas y una llama  
rojiza sobre las lagunas; cuando  
aparecerá el relámpago repentino de  
las estrellas que caigan, cuando los  
buhos harán oír sus tristes conciertos  
y las hojas permanecerán inmóviles  
y silenciosas en el bosque que  
cubre la colina, mi alma pesará  
sobre la tuya con fuerza y de una  
manera terrible.

Por profundo que sea tu sueño  
tu espíritu no dormirá; hay algunas  
sombras que nunca se desvanecerán

para tí, y algunos pensamientos que  
nunca podras desterrar de tu corazon.  
Por un poder que te es desconocido,  
no podrás nunca estar solo:  
este encanto secreto te envuelve como  
una mortaja, y es como una  
nube que te servirá de prision.

Aunque tú no me veas pasar por  
tu lado, tus ojos me reconocerán  
como un objeto que no debe estar  
lejos, y que estaba cerca de tí habia  
muy poco. Cuando en este terror  
secreto volverás la cabeza, quedarás  
sorprendido de no verme con tu  
sombra sobre la tierra, y estarás  
obligado á disimular el poder cuyos  
efectos experimentarás.

Las palabras mágicas pronunciadas  
sobre tu cabeza han atraido allí  
una maldicion terrible, y uno de  
los espíritus aéreos te ha hecho caer  
en el lazo: en el soplido del viento  
habrá una voz que te privará el  
alegrarte; la noche te negará el silencio  
de las sombras, y no podrás  
ver brillar el sol sin desear al momento  
el es del dia.

Yo he separado de tus lágrimas  
pérfidas la esencia de un veneno  
mortal, he escogido la sangre mas  
negra de tu corazon, he arrancado  
á tu sonrisa la serpiente que se  
mantenia escondida en las arrugas  
de tu rostro, he tomado el hechizo  
que hacia tus labios tan peligrosos,  
he comparado todas estas ponzoñas  
á los venenos mas sutiles; los tuyos  
son aun mas temibles.

Por tu corazon de hierro y tu  
sonrisa de víbora, por tus ardides  
fatales, por tus miradas engañosas,  
por tu alma hipócrita, por tus artificios  
seductores y tu falsa sensibilidad,  
por el placer que encuentras  
en el dolor de los otros, por la fraternidad  
con Cain, vengo á condenarte  
á que seas tú mismo tu infierno.

Derramo sobre tu cabeza el licor

mágico que te destina á los tormentos  
que te preparo, el sueño y la  
muerte estarán sordos á tus deseos y  
á tus súplicas; veras la muerte á  
tu lado para deseirla y temerla.  
Pero ya tu decreto se cumple, y  
una cadena invisible te rodea con  
sus eslabones; mis palabras mágicas  
producen su efecto: tu cabeza se  
turba y tu corazón está próximo á  
marchitarse.

## ESCENA II.

[El teatro representa el monte Jungfro; el día da  
principio. Manfredo está solo entre las rocas.]

### MANFREDO.

Los espíritus que había invocado  
me abandonan, las ciencias mágicas  
que había estudiado me son inútiles.  
Busco un remedio á mis males  
y no he hecho sino agriarlos: ceso  
de contar con el socorro de los espíritus;  
lo pasado no es de su resorte,  
y el porvenir ... hasta tanto que  
también esté sepultado en la noche  
de los tiempos, me causa muy poca  
inquietud. ¡O tierra en donde he  
nacido! aurora radiante, y vosotras  
altas montañas ¿porqué sois tan hermosas?  
Yo no puedo amaros. Y tú,  
antorcha brillante del universo, que  
estienes tu luz sobre toda la naturaleza,  
y la haces temblar de gozo,  
tú no puedes lucir en mi helado corazón.  
Desde esta cima escarpada  
veo las orillas del torrente, los pinos  
magestuosos que la distancia  
los hace semejantes á los humildes  
arbustos; y cuando un solo movimiento  
bastaría para hacer pedazos  
mi cuerpo sobre esta cama de rocas,  
y para fijarlo en un eterno descanso,  
¿por qué razón estoy dudoso?

Siento el deseo de precipitarme  
al pie de la montaña y no me atrevo

á ejecutarlo, veo el peligro y no  
pienso en huirle. Un vértigo se ha  
apoderado de mi vista, y sin embargo  
mis pies se mantienen inmóviles  
y firmes. Un poder secreto me  
detiene y me condena á vivir á pesar  
mio, si es vivir el llevar un desierto  
árido en mi corazon, y el ser  
yo mismo el sepulcro de mi alma,  
supuesto que no trato de justicar  
mis crímenes á mis propios ojos:  
esta es la última desgracia de los  
malos.

[Un águila pasa sobre Manfredo.]

¡O tú, reina de los aires, cuyo  
rápido vuelo te remonta hácia los cielos,  
que no te dignes caer sobre mí,  
para hacer presa de mi cadáver, y  
alimentar con él á tus hijuelos! Ya  
has atravesado el espacio en que podian  
seguirte mis ojos; y los tuyos  
pueden todavía descubrir todos los  
objetos que estan sobre la tierra y  
en el aire... ¡Ah! ¡cuántos objetos  
dignos de admiracion ofrece este  
mundo visible! ¡cuán grande es en  
sus causas y en sus efectos! pero nosotros  
que nos llamamos sus señores,  
nosotros, criaturas de barro y  
semidioses al mismo tiempo, incapaces  
de poder caer á un rango mas  
inferior, y tambien de elevarnos,  
escitamos una guerra continua entre  
los elementos diversos de nuestra  
doble esencia, respirando á un mismo  
tiempo la bajeza y el orgullo,  
estamos indecisos entre nuestras miserables  
necesidades y nuestros deseos  
soberbios, hasta el dia en que  
la muerte triunfa y en que el hombre  
viene á ser ... lo que no se atreve  
á confesar á sí mismo, ni á sus semejantes.

[Un pastor toca la flauta en un parage lejano.]

¡Qué dulce melodía es el sonido  
natural de la zampoña campestre!  
porque, en estos parages, la vida  
patriarcal no es ciertamente una fábula  
de la edad de oro; el aire de la  
libertad no resuena aquí sino en las

armonías de la flauta pastoral, y en  
el ruido sonoro de los cencerros del  
ganado que retoza en las colinas.  
¡Mi alma está hechizada con semejantes  
ecos!... ¡Qué no sea yo el invisible  
espíritu de un sonido melodioso,  
de una voz viva, de una  
armonía animada, que nace y muere  
con el soplo que la produce!

[Llega un cazador de gamuzas que viene del pie de la  
montaña.]

#### EL CAZADOR.

La gamuza ha salvado las rocas,  
y sus pies ágiles la han llevado lejos  
de mí; apenas mi caza me habrá proporcionado  
en el día con que hacerme  
olvidar mis correrías peligrosas...  
¿Pero qué veo? ¿Quién es  
este hombre que parece que no es  
ninguno de nuestros cazadores, y  
que no obstante ha sabido recorrer  
estas alturas escarpadas que nuestros  
compañeros los más ejercitados son  
los únicos que pueden practicarlo?  
Sus vestidos anuncian la riqueza;  
su aspecto es varonil, y sus ojos son  
tan arrogantes como los de un labrador  
que sabe que ha nacido libre.  
Acerquémonos á él.

#### MANFREDO.

[Sin haber visto al cazador.]

¡Es indispensable el verse encanecer  
por las penas; semejante á los  
pinos disecados, restos de los destrozos  
de un solo invierno, despojados  
de su corteza y de sus verdes  
hojas! ¡Es necesario conservar una  
vida que no sustenta en mí sino el  
sentimiento de mi ruina! ¡es preciso  
recordarme siempre de los tiempos  
más dichosos! ¡Tengo mi rostro  
lleno de arrugas, no por los años,  
pero sí por las horas y los momentos  
más largos que los siglos! ¡y todavía  
puedo vivir! ¡Cumbres coronadas

del hielo, avalanches que un soplo  
puede separar de las montañas,  
venid á confundirme! He oido muchas  
veces rodar en los valles vuestras  
masas destructoras, pero vosotros  
no aniquilais sino los seres que  
todavía quisieran vivir, las tiernas  
plantas de un nuevo bosque, la cabaña  
ó la choza del inocente labrador.

EL CAZADOR.

La niebla empieza á levantarse en  
el centro del valle, voy á advertirle  
que se baje, se arriesgaria á perder  
á un mismo tiempo el camino y la  
vida.

MANFREDO.

Los vapores se amontonan al rededor  
de los hielos, las nubes se  
forman en copos blanquecinos y sulfúreos,  
semejantes á la espuma que  
salta por encima de los abismos infernales,  
en donde cada ola burmugeante  
va á romperse en la costa en  
donde estan reunidos los condenados  
como las piedras en la de la mar.  
Un vértigo se apodera de mí.

EL CAZADOR

Acerquémonos con precaucion  
por temor de no sobrecogerle: parece  
que ya titubea.

MANFREDO.

Las montañas se han abierto un  
camino al traves de las nubes, y con  
su choque han hecho temblar toda  
la cordillera de los Alpes, cubriendo  
de escombros los verdes valles, deteniendo  
el curso de los rios por  
su caida repentina, reduciendo sus  
aguas en turbillones de vapores y  
forzando al manantial á que se forme  
una nueva madre. Asi cayó en otros

tiempos el monte Rosemberg minado  
por los años. ¡Qué no hubiese caído  
sobre mí!

EL CAZADOR.

¡Amigo tened cuidado! el dar  
otro paso pudiera seros fatal. Por el  
amor del Criador, no permanezcais  
á la orilla de este precipicio.

[Manfredo continua sin oírle.]

MANFREDO.

¡Hubiera sido un sepulcro digno  
de Manfredo! mis huesos habrían  
descansado en paz bajo un monumento  
semejante, no hubieran quedado  
sembrados sobre las rocas, viles  
juguetes de los vientos, como  
van á serlo, después que me haya  
precipitado... ¡A Dios bóvedas celestes;  
que vuestras miradas no me  
reprendan mi acción, vosotras no  
estais hechas para mí! ¡Tierra, yo  
te restituyo tus átomos!

[Cuando Manfredo va á precipitarse, el cazador le coge y  
le detiene.]

EL CAZADOR.

¡Detente! insensato: aunque te  
halles fatigado de la vida, no manches  
nuestros pacíficos valles con tu  
sangre culpable. Ven conmigo, yo  
no te dejaré.

MANFREDO.

Tengo el corazón desolado...  
Vaya, no me detengas más... Me  
siento desfallecer... Las montañas  
dan vueltas delante de mí como si  
fuesen turbiliones. Yo ceso de vivir...  
¿Quién eres?

EL CAZADOR.

Yo responderé despues, ven conmigo.  
Las nubes se apaciguan.  
Apóyate sobre mi brazo y pon aquí  
tu pie... Toma este baston y ostente  
un momento en este arbolito  
dame la mano y no abandones mi  
cinto... Poco á poco... Bien ... de  
aquí á una hora estaremos en la casa  
en donde se hacen los quesos. Valor;  
muy luego encontraremos un pasage  
mas seguro, una especie de sendero  
abierto por un torrente de invierno...  
Vamos; ved que está bueno. Tú hubieras  
sido un escelente cazador;  
sígueme....

[Descienden con trabajo por las rocas.]

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II, ESCENA PRIMERA.

[El teatro representa una choza de los Alpes.]

MANFREDO Y EL CAZADOR DE GAMUZAS.

EL CAZADOR.

No, no, permaneced todavía,  
partireis mas tarde, vuestro espíritu  
y vuestro cuerpo tienen necesidad  
de mas descanso. De aquí á algunas  
horas estareis mejor, os serviré de  
guía, ¿pero adónde iremos?

MANFREDO.

Conozco el camino y no necesito  
guía.

EL CAZADOR.

Vuestros vestidos y vuestro aire  
anuncian un hombre de un nacimiento  
distinguido; vos sois sin  
duda uno de los señores cuyos castillos  
dominan los valles; ¿cuál es  
vuestra morada? Yo no conozco sino  
la puerta de los palacios de los grandes.  
Mi modo de vivir me conduce  
muy rara vez á sus vastos hogares,  
para sentarme allí al rededor del  
fuego con sus vasallos; pero los senderos  
que se dirigen á dichos castillos  
me son muy conocidos desde  
mi infancia. ¿Cuál es el que os pertenece?

MANFREDO.

Poco te importa.

EL CAZADOR.

¡Y bien! perdonadme mis preguntas;  
pero dignaos estar mas alegre.  
Venid á gustar mi vino; es muy  
viejo: muchas veces me ha confortado  
el corazon en medio de nuestros  
hielos; recurrid á él para reanimar  
vuestro valor. Vamos, bebamos  
juntos.

MANFREDO.

Separa, separa esa copa; ¡sus  
bordes estan mojados con sangre!  
¡No veré nunca esta sangre sepultada  
bajo la tierra!

EL CAZADOR.

¿Qué quereis decir? ¿vuestros  
sentidos estan turbados?

MANFREDO.

Digo que es mi sangre, mi propia  
sangre, la sangre pura que corria en  
las venas de nuestros padres y en  
las nuestras, cuando en los primeros  
días de nuestra juventud no teniamos  
sino un corazon, y nos amábamos  
como no hubiéramos nunca debido  
amarnos. Esta sangre ha sido  
derramada, pero se eleva eternamente  
de la tierra y va á teñir las  
nubes que me cierran la entrada del  
cielo, en donde tú no estás y en  
donde yo no estaré jamas!

EL CAZADOR.

¡Hombre singular en tus palabras,  
á quien sin duda persigue algun remordimiento  
y á quien el delirio  
manifiesta las fantasmas! cualesquiera  
que sean tus terrores y tus  
penas, todavía hay consuelos para tí  
en la piedad de los hombres justos  
y en la paciencia....

MANFREDO.

¡La paciencia! ¡y siempre la paciencia!  
esta palabra fue creada para  
los hombres dóciles y no para las  
aves de presa... Predica la paciencia  
á los mortales formados con el miserable  
polvo, yo soy de otra especie.

EL CAZADOR.

¡Gracias á Dios! yo no quisiera  
ser de la tuya por la gloria de Guillermo  
Tell. Pero cualquiera que sea  
el mal que te oprime, es preciso soportarle,  
y todos esos movimientos  
convulsivos son inútiles.

MANFREDO.

Yo le soporto sobradamente. Mírame:  
yo vivo.

EL CAZADOR.

Tú te agitas con terror, pero no  
vives.

MANFREDO.

Te responderé que he vivido muchos  
años, y que no cuentan por  
nada en el día en comparación de  
los que me faltan vivir. Veo delante  
de mí siglos, el infinito, la eternidad,  
mi conciencia y la sed ardiente  
de la muerte que me atormenta sin  
cesar.

EL CAZADOR.

Apenas se reconoce en tu frente  
la edad de la virilidad, yo cuento  
muchos más años que tú.

MANFREDO.

¿Crees que la existencia depende  
del tiempo? Las acciones; ved nuestras  
épocas. Las mias han multiplicado  
mis días y mis noches al infinito;  
los han hecho innumerables  
como los granos de arena de una  
costa, y los han convertido en un  
desierto árido y helado al que vienen  
á espirar las olas que al retirarse no  
dejan sino cadáveres, escombros de  
las rocas y algunas yerbas amargas.

EL CAZADOR.

¡Ay! ha perdido el juicio, pero  
yo no debo abandonarle.

MANFREDO.

¡Qué no le haya perdido como tú  
dices! todo lo que ahora veo no sería  
sino el sueño de un cerebro enfermo.

EL CAZADOR.

¿Qué ves pues, ó qué crees ver?

MANFREDO.

A tí y á mí, un paisano de los Alpes,  
tus modestas virtudes, tu choza  
hospitalaria, tu valerosa paciencia,  
tu alma arrogante, libre y  
piadosa; tu respeto por tí mismo  
fundado sobre tu inocencia, tus días  
llenos de salud, tus noches consagradas  
al sueño, tus trabajos ennoblecidos  
por el riesgo y sin embargo  
esentos del crimen, tu esperanza de  
una dichosa vejez y de una sepultura  
pacífica, en donde una cruz y una  
guirnalda de flores adornarán los  
céspedes, y á la cual servirán de  
epitafio los tiernos sentimientos de  
tus nietos: esto es lo que veo; y si  
miro dentro de mí mismo ... pero ya  
no es tiempo; mi alma estaba ya dolorida....

EL CAZADOR.

¿Y no cambiarías con gusto tu  
suerte por la mía?

MANFREDO.

No, amigo mio, yo no querria  
hacer un cambio tan funesto por tí,  
y no lo haria con ningun otro viviente.  
Solo, puedo resistir á mis  
angustias, solo, puedo vivir soportando  
lo que los otros hombres no  
podrian conocer, ni aun en sueños,  
sin perder la vida.

EL CAZADOR.

¿Cómo con este generoso interes  
por tus semejantes, puedes verte  
cargado de crímenes? cesa de decírmelo;  
¿un hombre capaz de un  
sentimiento tan tierno puede haber  
inmolado á su furor á sus enemigos?

MANFREDO.

No, no, ¡jamás! he sido cruel con los que me amaban, con aquellos á quienes yo amaba. Jamás he dado un golpe á un enemigo sino en mi legítima defensa; pero ¡ay! mis caricias eran fatales.

EL CAZADOR.

¡Qué el cielo restituya la tranquilidad á tu alma! ¡qué el arrepentimiento te vuelva á tí mismo! yo te prometo mis oraciones.

MANFREDO.

No tengo ninguna necesidad de ellas; pero no desprecio tu piedad, me retiro; á Dios. Te dejo este bolsillo, igualmente que mis gracias, no hay que rehusarle ... esta recompensa te es debida ... no me sigas ... conozco mi camino, no tengo que atravesar los senderos peligrosos de la montaña; lo repito otra vez, no quiero que se me siga.

[Manfredo se va.]

ESCENA II.

[El teatro representa un valle de los Alpes inmediato á una catarata.]

MANFREDO.

El sol no se halla á la mitad de su carrera, y el arco íris que corona el torrente recibe de sus rayos sus hermosos colores[1]. Las aguas estienden sobre el declivio de las rocas su manto de plata, y su espuma que se eleva como un surtidor, se parece á

la cola del enorme y pálido caballo  
del Apocalipsis sobre el que vendrá  
la Muerte.

Mis ojos solamente gozan en el  
momento de este magnífico espectáculo,  
estoy solo en esta pacífica  
soledad, y quiero disfrutar del homenaje  
de la cascada con el genio  
de este lugar. Llamémosle.

[Manfredo toma algunas gotas de agua en el hueco de su  
mano y las arroja al aire pronunciando su conjuro  
mágico. Al cabo de un momento de silencio aparece la  
Encantadora de los Alpes bajo el arco iris del  
torrente.]

¡Espíritu de una hechicera hermosura,  
que yo pueda admirar tu  
cabellera luminosa, los ojos resplandecientes  
y las formas divinas que  
reúnen todos los hechizos de las  
hijas de los hombres á una sustancia  
aérea y á la esencia de los mas puros  
elementos! Los colores de tu tez  
celeste se parecen al bermellon que  
hermosea las mejillas de un niño  
dormido en el seno de su madre y  
mecido con los latidos de su corazon;  
se parecen al color de rosa que  
dejan caer los últimos rayos del dia  
sobre la nieve de los ventisqueros,  
y que puede equivocarse con el púdico  
sonrosado de la tierra recibiendo  
las caricias del cielo. Tu aspecto  
suaviza el resplandor del arco brillante  
que te corona; yo leo sobre  
tu frente serena que refleja la calma  
de tu alma inmortal, leo que tú perdonarás  
á un hijo de la tierra, con  
quien se dignan comunicar algunas  
veces los espíritus de los elementos,  
el atreverse á hacer uso de los secretos  
mágicos para llamarte á su  
presencia y contemplarte un momento.

LA ENCANTADORA DE LOS ALPES.

Hijo de la tierra, yo te conozco;  
igualmente que los secretos á que  
debes tu poder, te conozco por un  
hombre de pensamientos profundos,

estremoso en el mal y en el bien,  
fatal á los otros y á tí mismo; te esperaba,  
¿qué quieres de mí?

MANFREDO.

Admirar tu hermosura, nada mas.  
El aspecto de la tierra me sumerge  
en la desesperacion; busco un refugio  
en sus misterios, huyo cerca de  
los espíritus que la gobiernan; pero  
ellos no pueden socorrerme; les he  
pedido lo que no pueden darme,  
no les pido nada mas.

LA ENCANTADORA.

¿Qué es pues lo que pides, que  
no pueden concedértelo aquellos  
que lo pueden todo y que gobiernan  
los elementos invisibles?

MANFREDO.

¿Para qué repetiré la relacion de  
mis dolores? seria en vano.

LA ENCANTADORA.

Yo los ignoro, tened la bondad  
de referírmelos.

MANFREDO.

¡Bien! por cruel que sea para mí  
esta confesion, hablará mi dolor.

Desde mi juventud, mi espíritu  
no estaba de acuerdo con las almas  
de los hombres, y no podia mirar  
la tierra con amor. La ambicion que  
devoraba á los demás me era desconocida;  
su objeto no era el mio ...  
mis placeres, mis penas, mis pasiones  
y mi carácter me hacian parecer  
un estraño en medio del mundo.  
Aunque revestido de la misma forma  
de carne que las criaturas que

me rodean, no sentia ninguna simpatía  
por ellas ... una sola ... pero yo  
hablaré de ella luego.

Mis placeres eran el ir en medio  
de los desiertos á respirar el aire vivo  
de las montañas cubiertas de hielo,  
sobre cuya cumbre los pájaros no  
se hubieran atrevido á construir su  
nido, y en donde el granito desnudo  
de yerbas se ve desierto de los insectos  
alados. Gustaba de atravesar  
las aguas de los torrentes furiosos, ó  
de volar sobre las olas del Océano  
iracundo; me encontraba ufano de  
ejercitar mi fuerza contra los corrientes  
rápidas; gustaba durante la  
noche de observar la marcha silenciosa  
de la luna y el curso brillante  
de las estrellas; miraba fijamente los  
relámpagos durante las tempestades  
hasta tanto que mis ojos quedasen  
deslumbrados, ó bien escuchaba la  
caida de las hojas cuando los vientos  
del otoño venian á despojar los bosques.  
Tales eran mis placeres, y tal  
era mi amor por la soledad, que si  
los hombres, de quienes me afligia  
el ser hermano, se encontraban á mi  
paso, me sentia humillado y degradado,  
hasta no ser ya, como ellos,  
sino una criatura de barro.

En mis paseos delirantes descendia  
á la profundidad de las cavernas  
de la muerte para estudiar su causa  
en sus efectos, y desde los montones  
de huesos y del polvo de los sepulcros,  
me atrevia á sacar consecuencias  
criminales; consagré las noches  
en aprender las ciencias secretas olvidadas  
hace ya mucho tiempo. Gracias  
á mis trabajos y á mis desvelos,  
á las pruebas terribles y á las condiciones  
á que nos someten la tierra,  
los aires y los espíritus que despueblan  
el espacio y el infinito, familiaricé  
mis ojos con la eternidad, como  
habian hecho en otros tiempos los  
mágicos y el filósofo que invocó en  
su profundo retiro á Eros y á Anteros[2].  
Con mi ciencia creció mi  
ardiente deseo de aprender, mi poder

y el enagenamiento de la brillante  
inteligencia que....

LA ENCANTADORA.

Acaba.

MANFREDO.

¡Ah! me complacia en detenerme  
estensamente sobre estos vanos atributos,  
porque cuanto mas me acerco  
del momento en que descubriré la  
llaga de mi corazon ... pero quiero  
proseguir: aun no te he nombrado,  
ni padre, ni madre, ni querida, ni  
amigo, con quienes me hallase  
unido por nudos humanos: padre,  
madre, querida, amigo, estos títulos  
no eran nada para mí; pero habia  
una muger....

LA ENCANTADORA.

Atrévete á acusarte á tí mismo:  
prosigue.

MANFREDO.

Se me parecia en lo exterior, en  
los ojos, en la cabellera, en sus facciones  
y aun en su metal de voz;  
pero en ella todo estaba suavizado  
y hermoseedo por sus atractivos. Lo  
mismo que yo, tenia un amor decidido  
por la soledad, el gusto por  
las ciencias secretas y un alma capaz  
de abrazar al universo; pero  
tenia ademas la compasion, el don  
de los agasajos y de las lágrimas,  
una ternura ... que ella sola podia  
inspirarme, y una modestia que yo  
nunca he tenido. Sus faltas me pertenecen:  
sus virtudes eran todas  
suyas. Yo la amaba y le privé de la  
vida.

LA ENCANTADORA.

¿Con tus propias manos?

MANFREDO.

¡Con mis propias manos! no; fue mi corazón el que marchitó el suyo y le destrozó. He derramado su sangre, pero no ha sido la suya. Su sangre ha corrido sin embargo, he visto su pecho desgarrado y no he podido curar sus heridas.

LA ENCANTADORA.

¿Es esto todo lo que tienes que decir? haciendo parte á pesar tuyo de una raza que tú desprecias, tú que quieres ennoblecerla elevándote hasta nosotros ¡puedes olvidar los dones de nuestros conocimientos sublimes y caer en los bajos pensamientos de la muerte! no te reconozco.

MANFREDO.

¡Hija del aire! te protesto que, después del día fatal... Pero la palabra es un vano soplo, ven á verme en mi sueño, ó á las horas de mis desvelos, ven á sentarte á mi lado; he cesado de estar solo, mi soledad se halla turbada por las furias. En mi rabia rechino los dientes mientras que la noche extiende sus sombras sobre la tierra, y desde la aurora hasta ponerse el sol no ceso de maldecirme. He invocado la pérdida de mi razón como un beneficio, y no se me ha concedido: he arrojado la muerte; pero en medio de la guerra de los elementos, los mares se han retirado á mi presencia. Los venenos han perdido toda su actividad; la mano helada de un demonio cruel me ha detenido en la orilla de los precipicios por solo uno de mis cabellos que no ha querido romperse. En vano mi imaginación fecunda ha

creado abismos en los cuales ha querido  
arrojarse mi alma; he sido rechazado,  
como si fuese por una ola  
enemiga, en los abismos terribles  
de mis pensamientos. He buscado  
el olvido en medio del mundo, lo  
he buscado por todas partes y nunca  
le he hallado; mis secretos mágicos,  
mis largos estudios en un arte sobrenatural,  
todo ha cedido á mi desesperacion.  
Vivo, y me amenaza una  
eternidad.

LA ENCANTADORA.

Quizas yo podré aliviar tus males.

MANFREDO.

Seria necesario llamar los muertos  
á la vida ó hacerme bajar entre  
ellos á la sepultura. Ensayo el reanimar  
sus cenizas y hacerlos aparecer  
bajo una forma cualquiera y á  
cualquier hora que sea; corta el  
hilo de mis dias, y sea cual fuere el  
dolor que acompañe mi agonía, no  
importa, á lo menos será el último.

LA ENCANTADORA.

Ni una cosa ni otra estan en mi  
arbitrio, pero si tú quieres jurar  
una ciega obediencia á mis voluntades  
y someterte á mis órdenes, podré  
serte útil en el cumplimiento de  
tus deseos.

MANFREDO.

¡Yo jurar! ¡yo obedecer! ¿y á  
quién? á los espíritus que domino.  
¡Yo venir á ser el esclavo de los que  
me reconocen por su señor!... ¡Jamás!

LA ENCANTADORA.

¿Es esta toda tu respuesta? ¿no

tienes otra mas dulce? ¡Piensa bien en ello antes de negarte á lo que te propongo!

MANFREDO.

He dicho no.

LA ENCANTADORA.

Puedo pues retirarme; habla.

MANFREDO.

Retírate.

[La Encantadora desaparece.]

MANFREDO \_solo\_.

Somos la víctima del tiempo y de nuestros terrores; cada dia se nos presentan nuevas penas; vivimos sin embargo maldiciendo la vida y temiendo la muerte. Gimiendo bajo el yugo que nos oprime, y cargado con el peso de la vida, nuestro corazon no late sino en las ocasiones que experimentamos alguna contrariedad, ó algun goce péfido que finaliza por crueles angustias y por la estenuacion y la debilidad. ¿En el número de nuestros dias pasados y por venir (porque lo presente no existe en la vida) no hay algunos, no hay uno solo en el que el alma no deje de desear la muerte, y no obstante de huirla, como un rio helado por el invierno cuya fria impresion bastaria el arrostrarla un momento?

Mi ciencia me ofrece todavía algun recurso. Puedo invocar los muertos y preguntarles cuál es el objeto de nuestros terrores. La nada de los sepulcros quizas me responderán... ¿Y si no responden?... ¡El profeta sepultado respondió á la encantadora

de Endor! y el rey de  
Esparta supo su destino futuro por  
las sombras de la vírgen de Bizancio.  
Había quitado la vida á la que  
amaba sin conocer que era su víctima,  
y murió sin obtener perdon.  
Fue en vano que invocase á Júpiter,  
y que por la voz de los mágicos de  
la Arcadia suplicase á la sombra  
irritada el ceder ó á lo menos el fijar  
un término á su venganza. Obtuvo  
una respuesta oscura, pero que fue  
demasiado cierta[3].

Si yo no hubiese vivido nunca,  
lo que amo viviría todavía; si no  
hubiera amado nunca, lo que amo  
aun conservaría la hermosura, la  
felicidad y el don de poder hacer  
dichosos. ¿Qué se ha hecho la víctima  
de mis maldades?... Un objeto  
en el cual no me atrevo á pensar...  
Nada quizás... De aquí á algunas  
horas habré salido de mis  
dudas... Sin embargo tiemblo al ver  
llegar el momento deseado... Hasta  
ahora jamás me ha hecho temblar  
el acercarse un espíritu bueno ó  
uno malo... Me estremezco... Siento  
un peso de hielo sobre mi corazón.  
Pero puedo atreverme á lo que temo  
y desafiar los recelos de la materia.  
La noche llega....

[Se va.]

### ESCENA III.

[La cumbre del monte Jungfro.]

### EL PRIMER DESTINO.

El disco plateado de la luna empieza  
á brillar en los cielos. Nunca  
el pie de un mortal vulgar ha manchado  
las nieves sobre las cuales  
andamos durante la noche sin dejar  
ninguna huella. Apenas rozamos ligeramente

esta mar de escarchas  
que cubre las montañas con sus olas  
inmóviles, semejantes á la espuma  
de las aguas que el frio ha helado  
repentinamente despues de una tempestad;  
imágen de un abismo reducido  
al silencio de la muerte. Esta  
cumbre fantástica, obra de algun  
terremoto, y sobre la cual descansan  
las nubes de sus viages vagamundos,  
está consagrada á nuestros misterios  
y á nuestras vigiliass: yo espero en  
ella á mis hermanos que deben venir  
conmigo al palacio de Ariman;  
esta noche se celebra nuestra grande  
fiesta... ¿Porqué tardan en venir?

[Una voz canta á lo lejos.]

El usurpador cautivo, precipitado  
del trono, sepultado en un  
infame reposo, estaba olvidado y  
solitario: yo he interrumpido su  
sueño, le he dado el socorro de una  
multitud de traidores; el tirano  
está todavía coronado. Pagará mis  
cuidados con la sangre de un millon  
de hombres, con la ruina de una  
nacion, y yo le abandonaré de  
nuevo á la huida y á la desesperacion.

[Una segunda voz.]

Un navío bogaba rápidamente sobre  
las aguas, impulsado por los  
vientos propicios: he rasgado todas  
sus velas y roto todos sus masteleros,  
no ha quedado ni una sola tabla de  
esta ciudad flotante; no ha sobrevivido  
un solo hombre para llorar su  
naufragio... Me engaño, hay uno  
que yo mismo he sostenido sobre  
las aguas por un mechon de sus cabellos ...  
era un sugeto muy digno  
de mis cuidados, un traidor en la  
tierra y un pirata en el Océano. Sabrá  
reconocer mis bondades por  
medio de nuevos crímenes.

EL PRIMER DESTINO.

[Respondiendo á sus hermanos.]

Una ciudad floreciente está sumergida  
en el sueño, la aurora  
alumbrará su desolacion: la horrible  
peste ha caido de repente sobre  
los habitantes durante su descanso.  
Perecerán á millares. Los vivos huirán  
de los moribundos que deberian  
consolar; pero nada podrá defenderlos  
de los tiros crueles de la  
muerte. El dolor y la desesperacion,  
la enfermedad y el terror envuelven  
á toda una nación. ¡Dichosos los  
muertos de no ser testigos del espantoso  
espectáculo de tantos males!  
La ruina de todo un pueblo es para  
mí la obra de una noche; la he verificado  
en todos los siglos, y no  
será todavía la última vez.

[Llegan el segundo y el tercer Destino.]

#### LOS TRES DESTINOS JUNTOS.

Nuestras manos encierran los corazones  
de los hombres, sus sepulcros  
nos sirven de tarima. No damos  
la vida á nuestros esclavos sino para  
volvêrsela á quitar.

#### EL PRIMER DESTINO.

Salud, hermanos míos. ¿En dónde  
está Nemesis?

#### EL SEGUNDO DESTINO.

Prepara sin duda alguna grande  
obra, pero lo ignoro porque me  
encuentro demasiado ocupado.

#### EL TERCER DESTINO.

Vedle aquí.

#### EL PRIMER DESTINO.

¿De adónde vienes Nemesis? tú

y mis hermanos habeis tardado mucho  
esta noche.

NEMESIS.

Estaba ocupada en levantar los  
tronos abatidos, en componer himnos  
funestos, en volver la corona á  
los reyes desterrados, en vengar á  
los hombres de sus enemigos á fin  
de hacerlos arrepentir de sus venganzas.  
He castigado con la locura  
á los que estaban detenidos por sabios,  
los gefes inhábiles han sido  
proclamados por mí, dignos de gobernar  
el mundo ... los mortales  
empezaban á disgustarse de los tiranos,  
se atrevían á pensar por sí  
mismos, á poner los reyes en equilibrio,  
y á hablar de la libertad,  
que para ellos es el fruto vedado...  
Pero está tarde ... montemos en nuestras  
nubes.

[Desaparecen.]

ESCENA IV.

[El palacio de Ariman.--Ariman está sobre un globo de  
fuego que le sirve de trono, rodeado por los Espíritus.]

HIMNO DE LOS ESPÍRITUS.

¡Salud á nuestro monarca! al  
príncipe de la tierra y de los aires,  
que vuela sobre las nubes y sobre  
las aguas. En su mano se halla el  
cetro de los elementos, quienes, á sus  
órdenes, se confunden como el tiempo  
del caos. Sopla, y una tempestad  
alborota los mares; habla, y las  
nubes le responden por la voz de  
los truenos; mira, y los rayos del  
día desaparecen, anda, los terremotos  
conmueven el mundo. Los  
volcanes se forman bajo sus pasos.  
Su sombra es la verdadera peste; los

cometas le preceden en los ardientes senderos de los cielos, y se reducen á cenizas al menor de sus deseos. La guerra le ofrece sus sacrificios, la muerte le paga su tributo; la vida de los hombres y sus innumerables dolores le pertenecen: es el alma de todo lo que existe.

[Entrada de los Destinos y de Nemesis.]

#### EL PRIMER DESTINO.

Gloria al grande Ariman. Su poder se extiende cada día mas sobre la tierra: mis dos hermanos han ejecutado fielmente sus órdenes, y yo no he descuidado mi deber.

#### EL SEGUNDO DESTINO.

Gloria al grande Ariman, nosotros doblamos la rodilla á su presencia, nosotros, que pisamos las cabezas de los hombres.

#### EL TERCER DESTINO.

Gloria al grande Ariman; nosotros esperamos la señal de su voluntad.

#### NEMESIS.

Rey de los reyes, nosotros somos tus vasallos, y todos los seres que tienen vida lo son nuestros. Aumentar nuestro poder seria aumentar el tuyo; no olvidamos nada para conseguirlo. Tus últimas órdenes quedan fielmente ejecutadas.

[Entra Manfredo.]

#### UN ESPÍRITU.

¿Quién es este audaz? ¡un mortal!  
¡temeraria criatura, pon la rodilla en tierra y adora!

## SEGUNDO ESPÍRITU.

Este hombre no me es desconocido,  
es un poderoso mágico cuya  
ciencia es temible.

## TERCER ESPÍRITU.

Arrodíllate y adora á Ariman, vil  
esclavo, ¿no reconoces á nuestro  
señor y al tuyo? Tiembla y obedece.

## TODOS LOS ESPÍRITUS.

Arrodíllate, hijo del polvo vil, y  
teme nuestra venganza.

## MANFREDO.

Conozco vuestro poder, y sin embargo  
ya veis que no obedezco.

## UN CUARTO ESPÍRITU.

Nosotros te enseñaremos á humillarte.

## MANFREDO.

No tengo necesidad de aprenderlo.  
¡Cuántas noches tendido sobre  
la árida arena y con la cabeza  
cubierta de ceniza, me he prosternado  
poniendo mi cara sobre la tierra!  
He caído en la última de las humillaciones;  
porque me he sometido  
á mi vana desesperacion y á mi propia  
miseria.

## QUINTO ESPÍRITU.

¿Te atreves á negar al grande  
Ariman hallándose sobre su trono,  
lo que le concede toda la tierra, sin  
haber visto el terror de su gran poder?  
Prostérnate te digo.

MANFREDO.

Que Ariman se prosterne delante  
del que es superior á él, delante del  
Eterno é Infinito, delante del soberano  
Criador, que no le ha destinado  
á que se le dé adoracion; que  
él se arrodille, y yo lo ejecutaré  
igualmente.

LOS ESPÍRITUS.

Confundamos á este gusanillo;  
aniquilémosle.

EL PRIMER DESTINO.

Retiraos; este hombre es mio.  
Príncipe de las divinidades invisibles,  
este hombre no es de una naturaleza  
comun, como lo atestiguan  
su aspecto y el encontrarse en estos  
lugares. Sus sufrimientos han sido  
de una naturaleza inmortal como la  
nuestra. Su ciencia, su poder y su  
ambicion, tanto como lo ha podido  
permitir su exterior grosero que encierra  
una esencia etérea, le han elevado  
sobre todas las criaturas formadas  
de un barro impuro. No ha  
aprendido en los secretos que ha  
querido penetrar sino lo que conocemos  
todos nosotros, esto es, que  
la ciencia no es una felicidad y que  
no conduce sino á otra especie de  
ignorancia. Pero no es esto todo...  
Las pasiones, atributos de la tierra  
y del cielo, y de las cuales ningun  
poder, ningun ser está esento, desde  
el gusano hasta las sustancias celestes,  
las pasiones han devorado y han  
hecho de él un objeto tan miserable,  
que yo, que no puedo experimentar  
la piedad, perdono á los que la sienten  
en su favor. Este hombre es  
mio, y tambien puede ser tuyo todavía;  
pero en estas regiones ningun  
espíritu tiene un alma como la  
suya, y no puede tener el derecho

de mandarle.

NEMESIS.

¿Qué viene á buscar aquí?

EL PRIMER DESTINO.

Él es quien debe responder.

MANFREDO.

Vosotros sabéis hasta donde llegan  
mis conocimientos mágicos, y  
sin un poder sobrenatural no hubiera  
podido hallarme aquí; pero  
aun hay poderes superiores, y vengo  
á preguntar sobre lo que busco.

NEMESIS.

¿Qué pides?

MANFREDO.

Tú no puedes responderme: llama  
á los muertos; á ellos se dirigirán  
mis preguntas.

NEMESIS.

Gran Ariman, ¿permites que se  
satisfagan los deseos de este mortal?

ARIMAN.

Sí.

NEMESIS.

¿A quién quieres sacar del sepulcro?

MANFREDO.

A un muerto que estuvo privado  
de sepultura: llama á Astarte.

NEMESIS.

Sombra ó espíritu, sea lo que  
seas, que conservas todavía una parte  
de tu primera forma, ó tu forma  
entera, sal de la tierra y vuelve á  
ver el día. Vuelve con las mismas  
facciones, el mismo aspecto y el mismo  
corazon, huye de los gusanos de  
la tumba y vuelve á aparecer en estos  
lugares: el que puso un término  
á tus dias es quien te llama.

[La sombra de Astarte comparece en medio de los  
Espíritus.]

MANFREDO.

¿Es la muerte la que veo? aun  
brillan los colores en sus mejillas;  
pero reconozco demasiado que no  
son colores vivientes. El encarnado  
no es natural, se parece al que produce  
el otoño sobre las hojas marchitas.  
Ella es ciertamente, ¡o cielo!  
y yo ¡tiemblo al mirarla, al mirar  
Astarte! No, no puedo hablarle,  
pero quiero que ella hable, que me  
condene ó me perdone.

NEMESIS.

Por el poder que te ha hecho salir  
de la sepultura que te servia de  
prision, habla al que acabas de oir,  
ó á aquellos que te han invocado.

MANFREDO.

Guarda silencio; y para mí es una  
respuesta cruel.

NEMESIS.

Mi poder no va mas lejos. Príncipe

del aire, tú solo puedes ordenarle  
el hacer oír su voz.

ARIMAN.

Espíritu obedece á este espectro.

NEMESIS.

¡Todavía calla! no está pues bajo  
nuestro imperio, pero pertenece á  
otros poderes. Mortal, tu pregunta  
es excusada, y nosotros estamos confusos  
igualmente que tú.

MANFREDO.

¡Escúchame! ¡Astarte, mi querida,  
óyeme y dignate hablarme!  
He sufrido tanto, sufro todavía tan  
cruelmente ¡mírame! ¡la muerte no  
te ha cambiado tanto, como yo debo  
parecerlo á tu vista! tú me amaste demasiado  
tiernamente y mi amor era  
digno del tuyo. No hemos nacido para  
atormentarnos uno y otro de este  
modo por culpable que haya sido  
nuestro amor. Dime que no me detestas,  
que yo solo sea castigado por  
los dos, que tú serás recibida en el  
número de los bienaventurados y que  
yo debo morir. Porque hasta ahora  
todo lo que hay de mas odioso conspira  
á encadenarme con la existencia,  
á una existencia que me hace  
ver con terror la inmortalidad, y  
un porvenir semejante á lo pasado.  
No puedo encontrar ningun descanso.  
Ignoro yo mismo lo que deseo  
y lo que busco, y no siento sino  
lo que tú eres y lo que soy. Quisiera  
oír tu voz todavía una vez antes de  
morir, la voz que para mi oído era  
la mas dulce melodía. Respóndeme,  
¡o querida mia! te he llamado en  
las sombras de la noche; he asustado  
á los pájaros dormidos bajo las  
hojas silenciosas, he despertado al  
lobo en las montañas, y he hecho  
conocer tu nombre á los ecos de las

cavernas mas sombrías. El eco me ha respondido, los espíritus y los hombres tambien me han respondido, tú sola has permanecido muda. He visto sucederse el giro de las estrellas en la bóveda celeste; he dirigido mi vista hácia ellas para ver si podía descubrirte; he recorrido la tierra para ver si encontraba alguna cosa que se te pareciese: dignate de hablarme finalmente; mira á esos espíritus que nos rodean que se enternecen al oír mis quejas; yo los miro sin terror y solo lo tengo por tí; dignate de hablarme aunque no sea sino para manifestar tu enojo; dime á lo menos... Yo no sé lo que deseo; pero déjame todavía oír tu voz por la última vez.

LA SOMBRA DE ASTARTE.

¡Manfredo!

MANFREDO.

¡Ah! prosigue por favor: esta voz me reanima; es la tuya seguramente.

LA SOMBRA.

¡Manfredo! mañana se acabarán tus dolores terrestres. ¡A Dios!

MANFREDO.

Todavía una palabra ¡una sola palabra! ¿estoy perdonado?

LA SOMBRA.

¡A Dios!

MANFREDO.

¿No nos veremos mas?

LA SOMBRA.

¡A Dios!

MANFREDO.

¡Ah! por compasión, todavía  
una palabra; dime si me amas.

LA SOMBRA.

¡Manfredo!

[Desaparece.]

NEMESIS.

Se ha ido y no volverá á aparecer:  
sus palabras se cumplirán;  
vuélvete á la tierra.

UN ESPÍRITU.

Se encuentra en las convulsiones  
de la desesperación; ved los mortales:  
quieren penetrar los secretos  
que son superiores á su naturaleza.

OTRO ESPÍRITU.

¡Pero ved como se domina á sí  
mismo, y como somete sus tormentos  
á su voluntad! si hubiese sido un  
espíritu como nosotros hubiera sobrepujado  
á todas las otras inteligencias  
celestes.

NEMESIS.

¿Tienes todavía que hacer alguna  
pregunta á nuestro augusto  
monarca ó á sus vasallos?

MANFREDO.

Ninguna.

NEMESIS.

A Dios hasta la vista.

MANFREDO.

¿Nosotros volveremos pues á vernos?  
¿Pero en dónde, sobre la tierra?  
No importa; adonde tú quieras.  
A Dios, te doy gracias por el  
favor que acabas de concederme.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III, ESCENA PRIMERA.

[Una habitacion del castillo de Manfredo.]

MANFREDO Y HERMAN.

MANFREDO.

¿Se acabará bien pronto el dia?

HERMAN.

Todavía falta una hora, y el sol  
va á ocultarse; todo nos anuncia  
una hermosa noche.

MANFREDO.

¿Lo has dispuesto todo en la  
torre, segun lo he ordenado?

HERMAN.

Todo está pronto, señor, ved la llave y la arquilla.

MANFREDO.

Está bien, puedes retirarte.

[Herman se va.]

MANFREDO \_solo\_.

Esperimento una calma y una tranquilidad que no había conocido en mi vida. Si yo no supiese que la filosofía es la más loca de nuestras vanidades, y la palabra más vacía de sentido entre todas las inventadas en la jerga de nuestras escuelas, creería que el secreto del oro, es decir la piedra filosofal tan buscada, se hallaba finalmente en mi alma. Éste estado tan lisonjero no puede ser durable, pero ya es mucho el haberlo conocido aunque haya sido una sola vez. Ha enriquecido mis ideas con un nuevo sentido; y quiero escribir en mi libro de memoria que existe este sentimiento... ¿Quién está ahí?

[Herman vuelve á entrar.]

HERMAN.

Señor, el abad de San Mauricio pide permiso para hablaros.

[Entra el Abad.]

EL ABAD.

Que la paz sea con el conde Manfredo.

MANFREDO.

Mil gracias, padre mio: que seais bien venido en este castillo, vuestra presencia me honra y es una bendición

para los que le habitan.

EL ABAD.

Lo deseo conde, pero quisiera  
hablaros sin testigos.

MANFREDO.

Herman, retírate. ¿Qué es lo que  
me quiere mi respetable huésped?

EL ABAD.

Quiero hablar sin rodeos: mis  
canas y mi celo, mi ministerio y mis  
piadosas intenciones me servirán de  
disculpa: también invoco mi calidad  
de vecino, aunque nos visitemos  
muy rara vez.

Varias voces estrañas y escandalosas  
ultrajan vuestro nombre; un  
nombre ilustre hace muchos siglos.  
¡Ah! ¡ojalá que pueda trasmitirse  
sin mancha á vuestros descendientes!

MANFREDO.

Proseguid, os escucho.

EL ABAD.

Se dice que estudiáis secretos  
que no están permitidos á la curiosidad  
del hombre, y que os habeis  
puesto en comunicacion con los habitantes  
de las oscuras moradas,  
y con la multitud de espíritus malignos  
que se hallan errantes en el  
valle al que da sombra el árbol de  
la muerte. Sé que vivis muy retirado  
y que tratáis muy rara vez con los  
hombres vuestros semejantes; sé que  
vuestra soledad es tan severa como  
la de un prudente anacoreta; ¡y  
que no es tan santa!

MANFREDO.

¿Y quiénes son los que estienden estas voces?

EL ABAD.

Mis hermanos en Dios, los paisanos asustados, vuestros propios vasallos que observan vuestra inquietud. Vuestra vida corre el mayor peligro.

MANFREDO.

¿Mi vida? yo os la abandono.

EL ABAD.

Yo he venido para procurar vuestra salvacion y no vuestra pérdida... No quisiera penetrar los secretos de vuestra alma; pero si lo que se dice es cierto, todavía es tiempo de hacer penitencia y de impetrar misericordia; reconciliaos con la verdadera iglesia, y esta os reconciliará con el cielo.

MANFREDO.

Os entiendo; ved mi respuesta. Lo que fuí y lo que soy no lo conocen sino el cielo y yo. No escogeré un mortal por mediador ¿he quebrantado algunas leyes? que se pruebe y se me castigue.

EL ABAD.

Hijo mio, yo no he hablado de castigo y sí de perdón y de penitencia: vos sois quien debe escoger; nuestros dogmas y nuestra fe me han dado el poder de dirigir á los pecadores por la senda de la esperanza y de la virtud, y dejo al cielo

el derecho de castigar: «La venganza pertenece á mí solo,» ha dicho el Señor, y es con humildad como su siervo repite estas augustas palabras.

MANFREDO.

Anciano, ninguna cosa puede arrancar del corazon el vivo sentimiento de sus crímenes, de sus penas, y del castigo que se inflige á sí mismo: nada: ni la piedad de los ministros del cielo, ni las oraciones, ni la penitencia, ni un semblante contrito, ni el ayuno, ni las zozobras, ni los tormentos de aquella desesperacion profunda que nos persigue por medio de los remordimientos sin amedrantarnos con el infierno, pero que él solo bastaria para hacer un infierno del cielo. No hay ningun tormento venidero que pueda ejercer semejante justicia sobre aquel que se condena y se castiga á sí mismo.

EL ABAD.

Estos sentimientos son laudables, porque algun día harán lugar á una esperanza mas dulce. Vos os atreveréis á mirar con una tierna confianza la dichosa morada que está abierta á todos aquellos que la buscan, cualesquiera que hayan sido sus yerros sobre la tierra; pero para espíarlos es preciso empezar por conocer la necesidad de ejecutarlo. Proseguid conde Manfredo ... todo lo que nuestra fe podrá saber se os enseñará y quedareis lavado de todo lo que pudiesemos absolveros.

MANFREDO

Cuando el sexto emperador de Roma vió llegar su última hora, víctima de una herida que se habia hecho con su propia mano á fin de evitar la vergüenza del suplicio que

le preparaba un senado que antes  
era su esclavo un soldado conmovido  
en apariencia de una generosa  
piedad, quiso estancar con su vestido  
la sangre del emperador: el  
Romano espirando no lo permite y  
le dice con una mirada que manifestaba  
todavía su antiguo poder: ¡Es  
demasiado tarde! ¿es esta tu fidelidad?

EL ABAD.

¿Qué quereis decir con esto?

MANFREDO.

Respondo como él, es demasiado  
tarde.

EL ABAD.

Jamas puede serlo para reconciliaros  
con vuestra alma, y para reconciliarla  
con Dios. ¿No teneis ya  
esperanza? Estoy admirado: aquellos  
que desesperan del cielo se  
crean sobre la tierra alguna fantasma  
que es para ellos como la débil  
rama á la que se agarra un desgraciado  
que se está ahogando.

MANFREDO.

¡Ah! padre mio; ¡yo tambien en  
mi juventud he tenido ilusiones terrestres  
y nobles inspiraciones! entonces  
hubiera querido conquistar  
los corazones de los hombres é instruir  
á todo un pueblo; hubiera  
querido elevarme, pero no sabia  
hasta qué altura ... quizas para volver  
á caer; pero para caer como la  
catarata de las montañas, que precipitada  
desde la cumbre orgullosa  
de las rocas, acumula una onda subterránea  
en las profundidades de un  
abismo; pero temible todavía, vuelve  
á subir sin cesar hasta los cielos  
en columnas de vapores que se transforman

en nubes lluviosas. Este  
tiempo pasó; mis pensamientos se  
han engañado á sí mismos.

EL ABAD.

¿Y porqué?

MANFREDO.

No podia humillar mi orgullo,  
porque para poder mandar algun  
día, es necesario primero obedecer,  
lisonjear y pedir, espiar las ocasiones,  
multiplicarse á fin de encontrarse  
en todas partes, y hacerse una costumbre  
de ocultar la verdad; ved  
como se consigue el dominar los espíritus  
cobardes y bajos, y asi son los  
de los hombres en general. Desprecié  
el hacer parte de una camada  
de lobos aunque hubiera sido para  
guiarlos. El leon está solo en el bosque  
que habita; yo estoy solo como  
el leon.

EL ABAD.

¿Y porqué no vivir y obrar como  
los demas hombres?

MANFREDO.

Sin haber nacido cruel, mi corazon  
no amaba las criaturas vivientes,  
hubiera querido encontrar una  
horrible soledad, pero no formármela  
yo mismo; queria ser como el  
salvage \_Simoun\_ que solo habita el  
desierto, y cuyo soplo devorador  
no trastorna sino una mar de áridas  
arenas en donde su furor no es funesto  
á ningun arbolillo: no busca la  
morada de los hombres, pero es muy  
terrible para los que vienen á arrostrarlo.  
Tal ha sido el curso de mi  
vida, y mientras he vivido he encontrado  
objetos que ya no existen.

EL ABAD.

Empiezo á temer que mi piedad  
y mi ministerio no pueden seros útiles.  
Tan jóven todavia ... me cuesta  
mucho el....

MANFREDO.

Miradme, hay algunos mortales  
en la tierra que se hacen viejos en  
su juventud y que mueren antes de  
haber llegado el verano de su vida,  
sin que hayan buscado la muerte en  
los combates. Unos son víctimas de  
los placeres, otros del estudio, estos  
á causa del trabajo y aquellos por el  
fastidio. Hay algunos que perecen  
de enfermedad, de demencia, ó en  
fin de penas del corazon, y esta última  
enfermedad, ofreciéndose bajo  
todas las formas y bajo todos los  
nombres, hace mas estragos que la  
guerra. Miradme; porque no hay  
ninguno de estos males que yo no  
haya sufrido, y uno solo basta para  
terminar la vida de un hombre. No  
os admireis ya de lo que soy, pero  
si sorprendeos de que haya existido  
y de que esté todavía sobre la  
tierra.

EL ABAD.

Dignaos sin embargo escucharme....

MANFREDO [\_con viveza\_.]

Anciano, respeto tu ministerio y  
reverencio tus canas; creo que tus  
intenciones son piadosas; pero es  
en vano. No me supongais una fácil  
credulidad, y solo por la consideracion  
que os tengo, evito una conversacion  
mas larga. A Dios.

[Manfredo se va.]

EL ABAD.

Este hombre hubiera podido ser una criatura admirable; y tal como es, presenta un caos que sorprende. Una mezcla de luz y de tinieblas, de grandeza y de polvo, de pasiones y de pensamientos generosos, que en su confusión y en sus desórdenes, quedan en la inacción ó amenazan el destruirlo todo. La energía de su corazón era digna de animar elementos mejor combinados: va á perecer y quisiera salvarle. Hagamos una segunda tentativa; un alma como la suya merece muy bien el ganarla para el cielo. Mi deber me ordena el atreverme á todo para conseguir el bien; lo seguiré, pero será con prudencia.

[El Abad se va.]

ESCENA II.

[Otra habitacion.]

MANFREDO Y HERMAN.

HERMAN.

Señor, vos me habeis ordenado el venir á encontraros al ponerse el sol; vedle que va á eclipsarse detras de la montaña.

MANFREDO.

¡Bien! quiero contemplarle.

[Manfredo se adelanta hacia la ventana del cuarto.]

Astro glorioso, adorado en la infancia del mundo por la raza de hombres robustos, por los gigantes nacidos de los ángeles con un sexo

que, mas hermoso que ellos mismos,  
hizo caer en el pecado á los espíritus  
escarriados, desterrados del cielo  
para siempre[4]; astro glorioso, tú  
fuiste adorado como el dios del  
mundo, antes que el misterio de la  
creacion fuese revelado; obra maestra  
del Todopoderoso, tú fuiste el  
primero que regocijastes el corazon  
de los pastores caldeos sobre la cumbre  
de sus montañas, y el reconocimiento  
les inspiró bien pronto los  
homenajes que te dirigieron; divinidad  
material, tú eres la imágen  
del gran desconocido que te ha escogido  
para que seas su sombra; rey  
de los astros, y centro de mil constelaciones,  
á tí es á quien la tierra  
debe su conservacion; padre de las  
estaciones, rey de los climas y de los  
hombres: las inspiraciones de nuestros  
corazones, y las facciones de  
nuestros rostros son la influencia de  
tus rayos. No hay ninguna cosa que  
iguale la pompa de tu salida, de tu  
curso y de tu puesta... A Dios, ya no  
te volveré á ver; mi primera mirada  
de amor y de admiracion fue para  
tí; recibe tambien la última: nunca  
alumbrarás á un mortal, á quien el  
don de tu luz y tu calor suave  
hayan sido mas fatales que á mí...  
Se ha ocultado ... quiero seguirle.

[Manfredo se va.]

### ESCENA III.

[Por una parte se ven las montañas y por la otra el  
castillo de Manfredo y una torre con una azotea. Empieza  
la noche.]

HERMAN, MANUEL \_y otros criados de  
Manfredo\_.

HERMAN.

Es bien extraño que después de muchos años, el conde Manfredo haya pasado todas las noches en velar sin testigos dentro de esta torre. Yo he entrado en ella, no conocemos todo el interior, pero ninguna cosa de las que encierra ha podido instruirnos de lo que hace nuestro amo. Es cierto que hay un cuarto en el que ninguno de nosotros ha entrado; yo daría todo lo que tengo para sorprenderle cuando se encuentra ocupado en sus misterios.

MANUEL.

Esto no podría ser sin peligro; conténtate con lo que sabes.

HERMAN.

¡Ah! Manuel, tú eres sabio y discreto como un viejo; pero tú podrías decirnos muchas cosas. ¿Cuánto tiempo hace que habitas este castillo?

MANUEL.

He visto nacer al conde Manfredo; entonces ya servía a su padre, al que se parece muy poco.

HERMAN.

Lo mismo puede decirse de muchos hijos; ¿pero en qué se diferenciaba del suyo el conde Segismundo?

MANUEL.

No hablo de las facciones, pero sí del corazón y del género de vida. El conde Segismundo era arrogante, pero alegre y franco: gustaba de la guerra y de la mesa, y era poco aficionado a los libros y a la soledad, no ocupaba las noches en sombríos desvelos; las suyas estaban consagradas

á los festines y á las diversiones.  
No se le veía ir errante por  
las montañas ó por los bosques, como  
un lobo silvestre, no huía de los  
hombres ni de sus placeres.

HERMAN.

¡Por vida mia! ¡vivan estos tiempos  
dichosos! ¡Quisiera ver á la alegría  
que viniese á visitar de nuevo  
estas antiguas murallas! Parece que  
las ha olvidado del todo.

MANUEL.

Era necesario primeramente que  
el castillo cambiase de señor. ¡Oh!  
¡he visto aquí cosas tan estrañas,  
Herman!

HERMAN.

¡Y bien! dígname de hacer confianza  
de mí; cuéntame algunas cosas  
para pasar el rato: te he oído hablar  
vagamente sobre lo que sucedió  
en otros tiempos en esta misma  
torre.

MANUEL.

Me acuerdo que una tarde á la  
hora del crepúsculo, una tarde semejante  
á esta, la nube rojiza que  
corona la cima del monte Eigher  
estaba en el mismo parage, y quizas  
era la misma nube, el viento era  
flojo y tempestuoso, la luna empezaba  
á lucir sobre el manto de nieve  
que cubre las montañas; el conde  
Manfredo estaba como ahora en su  
torre: ¿qué hacia allí? lo ignoramos;  
pero estaba con él la sola compañera  
de sus paseos solitarios y de sus  
desvelos, el único ser viviente á  
quien manifestaba amar; los lazos  
de la sangre se lo ordenaban, es  
cierto; era su querida Astarte; era

su... ¿Quién está, ahí?

[Entra el Abad de San Mauricio.]

EL ABAD.

¿En donde está vuestro amo?

HERMAN.

Está en la torre.

EL ABAD

Es preciso que yo le hable.

MANUEL

Es imposible, está solo, y nos está prohibido el introducir á nadie.

EL ABAD.

Yo lo tomo sobre mí ... es preciso que yo le vea.

HERMAN.

¿No le habeis ya visto esta tarde?

EL ABAD.

Herman, yo te lo ordeno, ves á llamar á la puerta y á prevenir al conde acerca de mi visita.

HERMAN.

Nosotros no nos atrevemos.

EL ABAD.

¡Y bien! yo mismo iré á anunciarme.

MANUEL.

Mi respetable padre, deteneos, os lo suplico.

EL ABAD.

¿Porqué?

MANUEL.

Esperad un momento, y yo me explicaré en otro parage.

[Se van.]

ESCENA IV.

[El interior de la torre.]

MANFREDO \_solo\_.

Las estrellas se ponen en órden en el firmamento; la luna se manifiesta sobre la cumbre de las montañas coronadas de nieve: ¡admirable espectáculo! conozco que amo todavía á la naturaleza, porque el aspecto de la noche me es mas familiar que el de los hombres, y es en sus tinieblas silenciosas y solitarias, bajo la bóveda estrellada de los cielos, en donde he aprendido el idioma de otro universo.

Me acuerdo que cuando viajaba en tiempo de mi juventud, me encontré en una noche semejante en el recinto del Coliseo en medio de todo lo que nos queda de mas grande de la ciudad de Rómulo. Un viso sombrío oscurecia el ramage de los árboles que crecen sobre los arcos arruinados, y las estrellas brillaban al traves de las grietas que presentaban

aquellas ruinas. A lo lejos los ladridos de los perros resonaban en la otra márgen del Tiber; mas cerca de mí, el grito lúgubre de los buhos salía del palacio de César, y el viento me traía los sonidos moribundos del canto nocturno de las centinelas. Por la parte de la brecha, que el tiempo ha abierto al circo, parecía que los cipreses adornaban el horizonte y solo estaban á la distancia de un tiro; en estos mismos lugares, que fueron la morada de los Césares, y que en el dia estan habitados por los pájaros nocturnos que hacen oír sus cantos aciagos, se elevan sobre las murallas demolidas los árboles cuyas raices se entrelazan bajo el domicilio imperial, y la hiedra rastrera se apodera del terreno destinado á criar el laurel; pero el circo sangriento de los gladiadores, ruina noble é imponente, está todavía de pie, mientras que los palacios de mármol de César y de Augusto no presentan sobre la tierra sino escombros ignorados. Tú alumbrabas con tus rayos á la antigua reina del mundo, astro pacífico de las noches, tú dejabas caer una luz pálida y melancólica que suavizaba el aspecto austero y doloroso de sus antiguos escombros, y llenaba en algun modo el vacío de los siglos. Todo lo que subsiste todavía de hermoso y de grande recibia de tí un nuevo esplendor, y lo que ya no existe parecia que habia vuelto á tomar su antigua brillantez; en estos lugares todo inspiró mi entusiasmo, y mi corazon conmovido adoró silenciosamente á los grandes hombres de otros tiempos. Creí ver á todos los héroes que ya han pasado y á todos los soberanos coronados que todavía gobiernan nuestras almas desde el fondo de sus sepulcros....

Era una noche semejante á esta.  
¡Es una cosa particular que me la recuerde en este momento! pero he experimentado muchas veces que nuestros pensamientos se nos escapan

y se pierden lejos de nosotros,  
en el momento en que quisieramos  
concentrarlos en una meditacion  
solitaria.

[Entra el Abad de San Mauricio.]

EL ABAD.

Debo pedirlos perdon de esta segunda  
visita; pero dignaos no mirar  
como una ofensa la indiscreta importunidad  
de mi celo. ¡Recibo con  
gusto contra mí lo que tiene de culpable,  
y que lo que tenga de bueno  
pueda ilustrar vuestro espíritu! ¡qué  
no pueda yo decir vuestro corazon!  
Si consiguiese ablandarlo por medio  
de mis exhortaciones y de mis oraciones,  
pondría en el buen camino  
á un corazon noble que se encuentra  
escarriado, pero que todavía no está  
perdido.

MANFREDO.

Tú no me conoces. Mis dias estan  
ya contados, y mis acciones  
estan escritas en el libro del cielo.  
Retírate, tu permanencia aquí te  
seria perjudicial; retírate.

EL ABAD.

¿Es una amenaza la que me anunciáis?

MANFREDO.

No, te advierto sencillamente que  
hay peligro para tí, y yo quisiera  
preservarte de él.

EL ABAD.

¿Qué quereis decir?

MANFREDO.

Mira, ¿no ves nada?

EL ABAD.

Nada.

MANFREDO.

Mira bien, te digo y sin temblar.  
¿Qué ves ahora?

EL ABAD.

Veo lo que es muy capaz de hacerme  
temblar, pero no temo nada,  
veo un espectro sombrío y terrible  
que sale de la tierra como una divinidad  
infernál. Su frente está cubierta  
con un velo negro, y su cuerpo  
parece que se halla rodeado de  
nubes aciagas; pero yo no le temo.

MANFREDO.

Tú no tienes que temer, es cierto;  
pero su aspecto puede paralizar tus  
miembros cargados de años. Lo repito,  
retírate.

EL ABAD.

Y yo repito que no me retiraré  
sin que haya hecho desaparecer este  
espectro... ¿Qué hace aquí?

MANFREDO.

Lo ignoro: no le he llamado, él  
ha venido por su voluntad.

EL ABAD.

¡Ay! hombre perdido! ¿qué  
teneis que tratar con semejantes  
huéspedes? tiemblo por vos, ¿porqué

os mira fijamente y vos á él?  
¡Ah! vedle que descubre su rostro,  
las cicatrices del rayo vengador estan  
grabadas sobre su frente, y en  
sus ojos brilla la inmortalidad del  
infierno. ¡Lejos de aquí!...

MANFREDO [\_al Espíritu\_].

¿Cuál es tu mision?

EL ESPÍRITU.

Ven.

EL ABAD

¿Quién eres, espíritu desconocido?  
habla, responde.

EL ESPÍRITU.

El genio de este hombre. [\_A Manfredo\_.]  
Ven, ya es tiempo.

MANFREDO.

Estoy pronto á todo, pero no reconozco  
el poder que me llama,  
¿quién te envia aquí?

EL espíritu.

Tú lo sabrás después.¡Ven! ¡ven!

MANFREDO.

He mandado á seres de una esencia  
superior á la tuya, he resistido  
á sus superiores: aléjate de estos lugares.

EL ESPÍRITU.

¡Mortal! tu hora ha llegado. Ven  
te digo.

MANFREDO.

Ya sé que mi hora ha llegado,  
pero no será á un ser tal como tú á  
quien entregaré mi alma.

EL ESPÍRITU.

¿Llamaré pues á mis hermanos?...  
Apareced.

[Aparecen los otros Espíritus.]

EL ABAD.

Alejaos, espíritus malignos, huid  
os digo; vosotros no teneis poder en  
los parages en donde se encuentra  
la piedad. Huid, os lo ordeno en  
nombre de....

EL ESPÍRITU.

Anciano, nosotros conocemos  
nuestra mision y tu ministerio, no  
pierdas tus palabras sagradas; serian  
inútiles. Este hombre está condenado,  
y por la última vez le intimo  
que venga.

MANFREDO.

Yo os desafio á todos; aunque  
sienta que mi alma se me ausenta,  
os desafio á todos. No os seguiré  
mientras que me quede un soplo de  
vida para luchar aunque sea con los  
demonios: si quereis arrancarme de  
aquí no lo conseguireis sino miembro  
por miembro.

EL ESPÍRITU.

¡Mortal rebelde! ¿eres tú el mágico  
que se atrevió á arrojarse al  
mundo invisible y hacerte casi nuestro

igual? ¿eres tú el que quieres  
conservar una vida que te ha sido  
tan funesta?

MANFREDO.

Espíritu impostor, mientes; sé  
que ha llegado la última hora de  
mi vida y no quisiera retardarla un  
momento. No lucho contra la muerte  
y sí contra tí y contra los ángeles de  
tu séquito. No fue por medio de un  
pacto contigo y con tus compañeros  
por lo que adquirí un poder sobrenatural;  
fue mi ciencia superior, mis  
privaciones, mi audacia, mis dilatados  
desvelos, mi fuerza de alma y mi  
habilidad en descubrir los secretos  
de los tiempos antiguos en los que  
se veía á los hombres y á los espíritus  
marchar juntamente é ignorar  
injustos privilegios. Me encuentro  
satisfecho de mis propias fuerzas,  
os desafío, y os desprecio.

EL ESPÍRITU.

Tus crímenes te han hecho....

MANFREDO.

¿Qué te importan mis crímenes?  
¿Serán castigados por otros crímenes  
ó por otros mayores criminales?  
Vuelve á sumergirte en el infierno,  
yo permanezco aquí; tú no tienes  
ningun poder sobre mí, y sé que  
nunca me poseerás. Lo que he hecho,  
está ya hecho; llevo en mi pecho  
un tormento al cual no añadiré  
nada el que puedes causarme; un  
alma inmortal se recompensa ó se  
castiga á sí misma; independiente  
de los lugares y de los tiempos, lleva  
consigo el origen y el término de  
de sus males; una vez despojada de  
su cubierta mortal, su sentimiento  
interno no presta ningun color á los  
vagos objetos que la rodean, pero  
se encuentra absorbida en las penas

ó en la dicha que nacen del conocimiento  
de sus crímenes ó de sus  
virtudes. Tú no has podido tentarme  
ni engañarme un momento: ¿porqué  
vienes á buscar una presa que  
jamás te pertenecerá? Me he perdido  
á mí mismo, y seré mi propio verdugo.  
(\_A todos\_) Huid, demonios  
impotentes; la mano de la muerte  
está sobre mí, pero no la vuestra.

[Los demonios desaparecen.]

EL ABAD.

¡Ay! vuestra frente se pone pálida,  
vuestros labios pierden el color,  
vuestro corazón está oprimido,  
y vuestros acentos salen con un sonido  
ronco de vuestro pecho palpitante.  
Dirigid vuestras oraciones al  
cielo, suplicad á lo menos con el  
pensamiento ... pero no os entregéis  
á la muerte de este modo.

MANFREDO.

Esto es hecho, mis ojos no pueden  
mirarte, todo se mueve á mi  
rededor, y la tierra parece que se  
hunde bajo mis pasos. A Dios padre  
mío; dadme la mano.

EL ABAD.

Está fría ... también lo está su corazón.  
Una sola súplica... ¡Ay! ¿qué  
es lo que va á sucederle?

MANFREDO.

Anciano, el morir no es difícil.

[Espira.]

EL ABAD.

Ya no existe; su alma ha tomado

vuelo: ¿á dónde irá?... Temo el pensarlo ... murió[5]....

FIN.

\* \* \* \* \*

#### NOTAS DE MANFREDO.

1 ... Es el efecto que producen los rayos del sol sobre la parte interior de los torrentes de los Alpes: ninguna cosa tiene mas semejanza á un arco íris tan inmediato á la tierra que se puede pasear al instante por debajo. Este fenómeno dura hasta el mediodia.

2 ... El filósofo Jamblico. La historia de la invocacion de Eros y de Anteros se encuentra en su vida escrita por Eunopino.

3 ... La historia de Pausanias rey de Esparta, y de Cleonice, nos ha sido trasmitida por Plutarco (vida de Cimon) y por Pausanias el sofísta en su Descripcion de la Grecia.

El rey Pausanias es el que mandaba á los Griegos en la batalla de Platea y que pereció despues, convencido de haber querido hacer traición á los Lacedomonios.

4 ... \_Los hijos de Dios\_ vieron á las hijas de los hombres y las encontraron hermosas etc.

En aquellos tiempos habia gigantes en la tierra; y cuando los \_hijos de Dios\_ hubieron conocido á las hijas de los hombres y las hubieron hecho hijos, estos mismos hijos se hicieron hombres poderosos é ilustres según

el siglo.

\_Génesis\_, cap. vi, ver. 3 y 4.

5 ...«¡Ay! cuando un día el alma se verá finalmente libre de los lazos odiosos del cuerpo, y no conservará de la vida material sino lo que le queda á una ligera mariposa que acaba de romper su prision de invierno; cuando los elementos se reunirán á los elementos semejantes y que el polvo ya no será sino polvo, ¿no sentiré entonces realmente todo lo que creo ver: los espíritus aéreos, el pensamiento incorpóreo, y el genio de cada parage, cuya inmortal existencia experimento algunas veces?»

(Childe-Harold, canto iii.)

En este pasaje y en otros muchos, lord Byron manifiesta el deseo de comunicar con los espíritus, lo mismo que Manfredo, y de irse lejos del mundo en donde le cuesta mucho trabajo el marchar por el terreno rastrero de los pormenores de la vida. Identificándose tambien con el personaje de Manfredo, el poeta pinta con colores muy vivos, las fuertes agitaciones, las pasiones turbulentas, y la vuelta contemplativa sobre el destino, que nos hacen conocer el fondo de su corazón. La musa de lord Byron ambiciona la gloria de inspirarnos simpatía con una clase de personas con las cuales nos avergonzaríamos de reconocernos la menor conformidad de sentimientos. En despecho de nuestras reclamaciones en favor de los principios de gusto y de moral, el poeta se apodera de nosotros, por decirlo así, con la mano de un genio sombrío, y forzándonos á descender en los secretos pensamientos de nuestro corazón, nos descubre allí, admirándonos de espanto, el germen de las negras ideas á que se abandonan todos sus héroes. Poco le importan las consecuencias morales, con tal que excite las agitaciones casi involuntarias que le hacen dueño de la imaginación de sus lectores.

En Manfredo, lord Byron parece adoptar al principio bajo nombres persas, la creencia de los maniqueos que admiten en el mundo intelectual la oposición poderosa del principio del mal, contrariando sin cesar á la eterna Providencia. Manfredo reconoce sin embargo y fuerza al mismo Ariman á reconocer la supremacía del dios del bien, cuando rehusa el doblar la rodilla y proclama un ser delante del cual deben temblar los genios malignos. Es una grande concesión la que hace aquí lord Byron á la moral religiosa; pues le vemos, muy á menudo armarse de una duda sacrílega, atacar toda revelación venida de

arriba, y hasta lo que nos descubre un sentimiento íntimo, la existencia de un criador.

Se ve fácilmente que el drama de Manfredo no ha sido nunca destinado á la representacion teatral: cuando mas podria confiarse á los actores de la Pan-hipocrisiada de M. Lemercier.

Este drama ofrece numerosas relaciones con el de Faust que analiza madama de Staël con su talento acostumbrado. Vamos á ensayar por medio de algunos extractos de ambas obras el modo de que el lector pueda comparar el espíritu de estas dos piezas extraordinarias.

Primeramente debe notarse que la nobleza y dignidad trágica no cesan nunca de caracterizar el estilo de lord Byron, mientras que Goëthe ha introducido en la escena personajes de la ínfima plebe, que se esplican en el innoble lenguaje de su estado y que parecen no representar su papel, sino para probar que el autor está tan acostumbrado á las conversaciones bajas de los bodegones, como á las maneras elegantes de la corte; pero no puede juzgarse á Goëthe según los principios establecidos, porque ha afectado el escribir contra todas las reglas; «no se puede ir mas lejos en pensamientos atrevidos, y la memoria que queda de este escrito conserva siempre un poco de desvario.» Pero este talento no debe ser muy envidiado ni admirado, porque brilla particularmente á espensas de la moral, del juicio interno y de la religion. Goëthe no trata solamente de destruir todos los consuelos de la vida presente, probando que el hombre está destinado á la miseria desde su nacimiento, sean cuales fueren su rango, su fortuna y su inteligencia, pero procura tambien despojarle de la sola esperanza que le queda cuando se halla en el colmo de la desgracia: la promesa de una felicidad futura. Faust es un hechicero como Manfredo «sus conocimientos profundos no le preservan del fastidio de la vida; ensayó para librarse de él, el hacer un pacto con el diablo y este concluyó con llevársele. Ved la primera palabra que ha dado á Goëthe su obra singular.»

«El diablo es el héroe de esta pieza: el autor no le ha concebido como una fantasma hedionda, tal como se acostumbra á representarle á los niños; ha hecho de él un malvado por escelencia, acerca de quien todos los malos, y el de Gresset en particular, no son sino novicios, apenas dignos de ser los criados de Mefistofeles. (Este es el nombre del demonio que se hace amigo de Faust.)

«Goëthe ha querido representar en este personage real y fantástico á un mismo tiempo, la mas amarga chanza que

ha podido inspirar el desprecio, y no obstante tiene una alegría audaz que entretiene. En los discursos de Melistofeles hay una ironía infernal que se dirige á la creación toda entera, y juzga al universo como un mal libro cuyo censor es el diablo.

«Faust reúne en su carácter todas las debilidades de la humanidad: deseos de saber y fatigas del trabajo, necesidad del buen resultado y saciedad del placer. Es un perfecto modelo del ser variable y movable cuyos sentimientos son todavía más efímeros que la corta vida de que se lamenta. Faust tiene más ambición que fuerza, y la agitación interior le dispone contra la naturaleza y le hace recurrir á todos los sortilegios para libertarse de todas las condiciones duras, pero necesarias, impuestas al hombre mortal. En la primera escena se le ve en medio de sus libros y de un número infinito de instrumentos de física y de frascos de química. Su padre se ocupaba también de las ciencias y le transmitió el gusto y la costumbre. Una sola lámpara da luz al retiro sombrío, y Faust estudia sin cesar la naturaleza y particularmente la magia, de cuyos secretos ya posee algunos.

«Quiere hacer aparecer uno de los genios creadores del segundo orden; el genio viene, y le aconseja no elevarse sobre la esfera del espíritu humano.» Corresponde á nosotros, le dice, el sumergirnos en el tumulto de la actividad, en las olas eternas de la vida que el nacimiento y la muerte elevan y precipitan, rechazan y vuelven á traer. Nosotros estamos criados para trabajar en la obra que Dios nos manda y cuya trama cumple el tiempo. Pero tú, que no puedes concebir sino á tí mismo, tú que tiembles cuando quieres profundizar tu destino, y que mi soplo hace estremecer, déjame, no me llames más.» Cuando el genio desaparece una desesperación profunda se apodera de Faust, y quiere envenenarse.

«¡Es pues hacia tí, licor ponzoñoso, que mis miradas se fijan! Tú que das la muerte, te saludo como á una pálida luz en un bosque sombrío. En tí honro la ciencia y el espíritu del hombre; tú eres la más dulce esencia de los jugos que proporcionan el sueño. Tú contienes las fuerzas que destruyen la vida, ven á mi socorro, ya veo que se calma la agitación de mi espíritu. Quiero arrojarme al mar: las aguas cristalinas brillan á mis pies como un espejo. Un nuevo día me llama hacia la otra orilla; un carro de fuego pasa sobre mi cabeza, quiero subir en él, sabré recorrer las esferas etéreas y gustar las delicias de los cielos.

«Pero ¿cómo merecerlas en mi abatimiento? Sí, yo lo puedo, si me atrevo á hacerlo, si derribo con valor las

puertas de la muerte, delante de las cuales todos pasan temblando. Ya es tiempo de manifestar la dignidad del hombre. Ya no es necesario que tiemble á la orilla del abismo en donde su imaginacion se condena á sí misma á sus propios tormentos, y en donde las llamas del infierno parece que impiden el acercarse. Quiero verter el mortal veneno en esta copa de cristal puro. ¡Ay! en otros tiempos tenia un uso diferente: se pasaba de mano en mano en los festines alegres de nuestros padres, y el convidado recibíendola, celebraba en verso su hermosura. ¡Copa dorada! tú me recuerdas las noches bulliciosas de mi juventud, no te ofreceré mas á mi vecino, no alabaré mas al artista que supo hermosearte. Te ha llenado un lícior sombrío, yo le he preparado, le he escogido; ¡ah! ¡que sea para mi el ofertorio solemne que consagro á la mañana de mi nueva vida!

«En el momento en que Faust va á tomar el veneno, oye las campanas que anuncian el dia de Pascua á la ciudad, y los coros que en la iglesia inmediata celebran esta santa fiesta.

«Cantos celestes, poderosos y dulces, ¿porqué me buskais entre el polvo? Hacedos oír á los humanos á quienes podeis consolar. Escucho el mensaje que me traeis, pero me falta la fe para creerlo. El milagro es el hijo querido de la fe. Sin embargo, acostumbrado á oír estos cantos desde la infancia, me llaman á la vida. En otros tiempos un rayo de amor divino bajaba sobre mi durante la solemnidad tranquila del domingo. El sonido bronco de la campana llenaba mi alma del presentimiento del porvenir y mis oraciones eran un goce ardiente. La misma campana anunciaba tambien los juegos de la juventud y la fiesta de la primavera. La memoria reanima en mí los sentimientos propios de los pocos años, que hacen olvidarnos de la muerte. ¡O! haceos oír todavía, cantos celestes; la tierra me ha reconquistado.»

«Este momento de exaltaciones pasajero: Faust tiene un carácter inconstante, las pasiones mundanas vuelven á apoderarse de su corazon, busca el modo de satisfacerlas, y desea el entregarse á ellas. El diablo, bajo el nombre de Mefistofeles, viene y le promete ponerle en posesion de todos los goces de la tierra, pero al mismo tiempo sabe disgustarle de todos ellos; porque la verdadera maldad seca el alma de tal manera, que concluye por inspirar una indiferencia profunda por los placeres igualmente que por las virtudes.

«Mefistofeles conduce á Faust á la casa de una hechicera que tenia á su disposicion unos animales medio monos y medio gatos. Esta escena puede considerarse en algun modo como la parodia de las brujas de Macbeth.

«Faust frecuenta las sociedades acompañado siempre de Mefistofeles; pero él se fastidia y el diablo le aconseja que se enamore. En efecto se manifiesta enamorado de una jóven plebeya totalmente inocente y sencilla, que vive pobremente con su madre y que se deja seducir luego. Faust se cansa del amor de Margarita lo mismo que de todos los goces de la vida. No hay nada mas hermoso en aleman que los versos en que manifiesta á un mismo tiempo el entusiasmo de la ciencia y la saciedad de la dicha.

«Espíritu sublime, tú me has concedido cuanto te he pedido, y no has sido en vano que hayas vuelto hácia mí tu rostro rodeado de llamas, tú me has dado la encantadora naturaleza por imperio, me has dado la fuerza de conocerla y de gozar de ella. No es una fria admiracion la que me has permitido, pero sí un íntimo conocimiento, y me has hecho penetrar en el seno del universo igualmente que en el de un amigo; tú has conducido á mi presencia la multitud variada de los vivientes y me has enseñado á conocer á mis hermanos en los habitantes de los bosques, de los aires y de las aguas. Cuando suena la tempestad en el bosque, cuando arranca y derriba los pinos gigantescos, cuya caida hace resonar la montaña, tú me guías á un asilo seguro y me revelas los secretos maravillosos de mi propio corazon; cuando la luna tranquila sube lentamente á los cielos, las sombras plateadas de los tiempos antiguos se presentan á mis ojos, sobre las rocas y en las arboledas, y parece que me suavizan el severo placer de la meditacion.

«Pero lo conozco, ¡ay! el hombre no puede alcanzar nada que sea perfecto. Al lado de las delicias que me acercan á los dioses, es preciso que sufra el compañero frio, indiferente y altivo que me humilla á mis propios ojos y que con una sola palabra reduce á la nada todos los dones que me has hecho. Enciende en mi corazon un fuego desordenado que me consume y arrastra hácia la muger hermosa: pero con enagenamiento del deseo á la dicha, pero en el seno de la felicidad misma un vacilante fastidio me hace echar de menos el deseo.»

«La historia de Margarita contrista dolorosamente el corazon, su estado vulgar, su entendimiento limitado, y todo lo que la somete á la desgracia sin que ella pueda resistirlo, inspira tambien piedad en su favor. Goëthe casi nunca ha dado calidades superiores á las mugeres, pero pinta maravillosamente el carácter débil que les hace tan necesaria la proteccion. Lord Byron ha adornado á Astarte de todos los encantos y de todas las perfecciones, pero en la pieza no se descubre sino su

sombra y el poeta no alza sino un momento el velo misterioso que cubre á la hermana y á la amiga de Manfredo.

«Margarita es la causa de la muerte de su madre y de su hermano, y Faust la llena de amarguras. ¡Ay! esclama en un momento de remordimientos, ¡hubiera sido tan fácilmente dichosa! una pobre choza en uno de los valles de los Alpes y algunas ocupaciones domésticas, hubieran bastado para satisfacer sus deseos limitados y llenar su vida pacífica; pero yo, enemigo de Dios, no he descansado hasta despues de haber despedazado su corazon y de haber arruinado su miserable destino. De este modo la paz debe haberle sido robada para siempre, y es necesario que sea la víctima del infierno. ¡Y bien! demonio, abrevia mis angustias y haz llegar lo que debe suceder. Que la suerte de esta desgraciada se cumpla, y á lo menos precipítame con ella en los abismos.»

«Mefistofeles imagina el trasportar á Faust á la junta nocturna de las brujas á fin de distraerle de sus penas; y hay una escena que es imposible explicarla, aunque en ella se encuentran un gran número de ideas que retener. La junta de las brujas es verdaderamente como una fiesta de las saturnales.

Faust sabe que Margarita ha hecho perecer al niño que habia dado á luz, esperando por este medio el escusarse la vergüenza de su conducta. Su crimen ha sido descubierto, se le ha puesto en prision, y al día siguiente debe morir en un cadalso. Faust maldice con furor á Mefistofeles, y este acusa á Faust con frialdad, y le prueba que es él quien ha deseado el mal, y que no le ha ayudado sino porque le habia llamado. Se ha dado una sentencia de muerte contra Faust porque quitó la vida al hermano de Margarita; pero no obstante se introduce secretamente en la ciudad, obtiene de Mefistofeles los medios para libertar á Margarita, y se introduce de noche en su calabozo cuyas llaves habia ocultado.

«Oye á lo lejos que ensaya el cantar una cancion que prueba la pérdida de su razon. Margarita cree que vienen á buscarla para conducirla al cadalso: escena tierna entre ella y Faust que no puede decidirla á que le siga; Margarita pasa rápidamente de una idea á otra, no reconociendo á su amante sino por intervalos. Mefistofeles comparece á la puerta y les dice: daos prisa ó estais perdidos; vuestros retardos y vuestras dudas son funestos, mis caballos tiritan, el frio de la mañana se hace sentir.--\_Margarita.\_ ¿Quién sale de este modo de la tierra? él es, él es; hacedle ir. ¿Qué hará en el lugar sagrado? Es á mi á quien quiere

llevarse.--\_Faust\_. Es necesario que tu  
vivas.--\_Margarita\_. ¡Justicia divina, me abandono á  
tí!--\_Mefistofeles á Faust\_. Ven, ven ó te doy la muerte  
igualmente que á ella.--\_Margarita\_. Padre celestial, yo  
soy tuya, y vosotros ángeles salvadme, coros sagrados,  
rodeadme, defendedme: Faust, tu suerte es la que me  
aflige...--\_Mefistofeles\_. ¡Ya está juzgada! Las voces  
del cielo esclaman: ¡está salvada!--\_Mefistofeles á  
Faust\_. ¡Sígueme! Mefistofeles desaparece con Faust; se  
oye en lo interior la voz de Margarita que llama  
inútilmente á su amigo «¡Faust! ¡Faust!»

«La pieza queda cortada después de estas palabras.» «Es  
necesario añadir alguna cosa» concluye madama de Staël,  
y nosotros aplicamos lo que dice á nuestra traducción de  
Manfredo: «es preciso suplir por la imaginación al  
hechizo que debe añadir una hermosa poesía á las escenas  
que he ensayado traducir. En el arte de la versificación  
hay siempre un género de mérito reconocido por todo el  
mundo, y que es independiente del objeto á que ha sido  
aplicado en la pieza de Faust. La cadencia cambia según  
la situación, y la brillante variedad que resulta es  
admirable.

«La creencia de los malos espíritus se encuentra en un  
grande número de poesías alemanas. La naturaleza del  
Norte se acomoda bastante bien con semejante terror, y  
así es mucho menos ridículo en Alemania que lo sería en  
Francia, el servirse del diablo en las ficciones.

«Es imposible el leer la pieza de Faust sin que se  
presente en la idea de mil maneras diferentes, se enfada  
uno con el autor, se le acusa, se le justifica, pero da  
motivo para reflexionar sobre todo, y para valerme del  
lenguaje ingenuo de un sabio de la mediana edad, \_sobre  
alguna cosa mas que todo\_.

«La crítica de una obra semejante debe ser un objeto muy  
fácil de prever de antemano, ó mas bien el género mismo  
de la obra puede merecer la censura, todavía con mas  
razón que el modo como está tratada; porque una buena  
composición, debe ser juzgada como un sueño; y si el  
buen gusto se halla siempre vigilante en la puerta de  
marfil de los sueños para obligarles á tomar la forma  
convenida, muy rara vez chocarán á la imaginación.

«Sin embargo la pieza de Faust no es ciertamente un buen  
modelo, y sea que pueda ser considerada como la obra de  
un delirio del entendimiento, ó de la saciedad de la  
razón, es de desear que no se repitan semejantes  
producciones; pues cuando un ingenio tal como el de  
Goëthe, rompe todas las trabas, la multitud de sus  
pensamientos es tan grande, que por todas partes escuden

y trastornan los límites del arte.

«Dichosos los autores que como Goëthe, estan traducidos y comentados por una muger á quien lord Byron ha proclamado ¡la primera de su siglo y de todos los siglos pasados! y aunque algunas de sus críticas pueden hallar su aplicacion en las obras del autor de Manfredo, nuestras citas no podrán ser desagradables á un poeta que fue constantemente el admirador y el amigo de Corina.»

FIN DE LAS NOTAS

End of the Project Gutenberg EBook of Manfredo, by Lord Byron

\*\*\* END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK MANFREDO \*\*\*

\*\*\*\*\* This file should be named 10821-8.txt or 10821-8.zip \*\*\*\*\*

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.net/1/0/8/2/10821/>

Produced by Miranda van de Heijning, Paz Barrios and PG Distributed Proofreaders. This file was produced from images generously made available by gallica (Biblioth que nationale de France) at <http://gallica.bnf.fr>.

Updated editions will replace the previous one--the old editions will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose

such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

\*\*\* START: FULL LICENSE \*\*\*

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE  
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.net/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg

are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.net](http://www.gutenberg.net)

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site ([www.gutenberg.net](http://www.gutenberg.net)), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. **LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES** - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. **YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.**

1.F.3. **LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND** - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS,' WITH NO OTHER

WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO  
WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

## Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pglaf.org>.

## Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent

permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 4557 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email [business@pglaf.org](mailto:business@pglaf.org). Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's web site and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby  
Chief Executive and Director  
[gbnewby@pglaf.org](mailto:gbnewby@pglaf.org)

#### Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Each eBook is in a subdirectory of the same number as the eBook's eBook number, often in several formats including plain vanilla ASCII, compressed (zipped), HTML and others.

Corrected EDITIONS of our eBooks replace the old file and take over the old filename and etext number. The replaced older file is renamed. VERSIONS based on separate sources are treated as new eBooks receiving new filenames and etext numbers.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.net>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.

EBooks posted prior to November 2003, with eBook numbers BELOW #10000, are filed in directories based on their release date. If you want to download any of these eBooks directly, rather than using the regular search system you may utilize the following addresses and just download by the etext year.

<http://www.gutenberg.net/etext06>

(Or /etext 05, 04, 03, 02, 01, 00, 99,  
98, 97, 96, 95, 94, 93, 92, 91 or 90)

EBooks posted since November 2003, with etext numbers OVER #10000, are filed in a different way. The year of a release date is no longer part of the directory path. The path is based on the etext number (which is identical to the filename). The path to the file is made up of single digits corresponding to all but the last digit in the filename. For example an eBook of filename 10234 would be found at:

<http://www.gutenberg.net/1/0/2/3/10234>

or filename 24689 would be found at:

<http://www.gutenberg.net/2/4/6/8/24689>

An alternative method of locating eBooks:

<http://www.gutenberg.net/GUTINDEX.ALL>



# Livros Grátis

( <http://www.livrosgratis.com.br> )

Milhares de Livros para Download:

[Baixar livros de Administração](#)

[Baixar livros de Agronomia](#)

[Baixar livros de Arquitetura](#)

[Baixar livros de Artes](#)

[Baixar livros de Astronomia](#)

[Baixar livros de Biologia Geral](#)

[Baixar livros de Ciência da Computação](#)

[Baixar livros de Ciência da Informação](#)

[Baixar livros de Ciência Política](#)

[Baixar livros de Ciências da Saúde](#)

[Baixar livros de Comunicação](#)

[Baixar livros do Conselho Nacional de Educação - CNE](#)

[Baixar livros de Defesa civil](#)

[Baixar livros de Direito](#)

[Baixar livros de Direitos humanos](#)

[Baixar livros de Economia](#)

[Baixar livros de Economia Doméstica](#)

[Baixar livros de Educação](#)

[Baixar livros de Educação - Trânsito](#)

[Baixar livros de Educação Física](#)

[Baixar livros de Engenharia Aeroespacial](#)

[Baixar livros de Farmácia](#)

[Baixar livros de Filosofia](#)

[Baixar livros de Física](#)

[Baixar livros de Geociências](#)

[Baixar livros de Geografia](#)

[Baixar livros de História](#)

[Baixar livros de Línguas](#)

[Baixar livros de Literatura](#)  
[Baixar livros de Literatura de Cordel](#)  
[Baixar livros de Literatura Infantil](#)  
[Baixar livros de Matemática](#)  
[Baixar livros de Medicina](#)  
[Baixar livros de Medicina Veterinária](#)  
[Baixar livros de Meio Ambiente](#)  
[Baixar livros de Meteorologia](#)  
[Baixar Monografias e TCC](#)  
[Baixar livros Multidisciplinar](#)  
[Baixar livros de Música](#)  
[Baixar livros de Psicologia](#)  
[Baixar livros de Química](#)  
[Baixar livros de Saúde Coletiva](#)  
[Baixar livros de Serviço Social](#)  
[Baixar livros de Sociologia](#)  
[Baixar livros de Teologia](#)  
[Baixar livros de Trabalho](#)  
[Baixar livros de Turismo](#)